

seis días fué criado por Dios el cielo y la tierra y todo lo que en el ámbito de ellos se contiene, señalando á cada cosa el orden y tiempo que le compete; y constituidas las cosas en su lugar y sazón, Dios las conserva después sin alteración alguna. El día séptimo quiso que fuese para nosotros fijo y solemne, como señal del orden septenario, para que por él vengamos al conocimiento de las cosas divinas y humanas. La universalidad de animales y plantas se revuelve en un círculo de semanas. Aquél sábado llamamos descanso ¹.

Confirman este esclarecido testimonio las alabanzas que tributaron al día séptimo los antiguos escritores, como Hesiodo, que le llamó *día sagrado*; Homero, *día santo*; Lino, *día de felis agüero y de fiesta*; Calmaco, *día perfecto entre todos los días*. De cuyos encomios, que pueden leerse en el mismo Eusebio en el lugar alegado, hácese indubitable que todas las naciones, judíos y gentiles, desde el uno al otro confin del orbe, magnificaron la institución hebdomadaria en memoria del sábado divino, como arriba tratamos ². Alberto Dupaigne discurreó con poco acierto, que el día séptimo es el día sin noche de la visión gloriosa, y juzgó, temerario, que andamos todavía en el día sexto, en que Dios ostenta la magnificencia de su poder, conservando y perpetuando las obras criadas, hasta que, terminada la peregrinación del tiempo, dé principio el sábado perennal de la gloria, y la creación alcance su más alto punto de engrandecimiento ³.

Hora es, pues, de alzar la mano de nuestra tarea, y de levantar los ojos al divino descanso, á aquella sosegada é inmanente vida del Sumo Hacedor, en que ocupa su inefable y bienaven-

¹ *Præp. Evang.*, l. xii, cap. xii.

² *Cap. v.*

³ *Les Montagnes*, 1877, chap. viii, p. 341.

turada eternidad. Y porque la vida en las substancias simplísimas y espirituales se manifiesta en los actos de entender y querer, será bien tantear en qué linaje de obras vitales ejercita Dios su sabiduría y voluntad; lo que haremos según la poquedad de nuestras fuerzas, confiando en las de arriba, después de apuntar someramente en qué la vida divina consiste y se debe cifrar.

Si consideramos la condición de los seres que viven, que está en moverse á obrar, hallaremos ser en Dios tanto más perfecta la vida, cuanto se mueve más espontánea y libremente sin depender de otro alguno en la inmanencia de su operación. Y si tan vivamente obra Dios que á ningún otro ser debe su movimiento, y si el movimiento de un ser espiritual consiste en los actos de entendimiento y voluntad; consiguiente es que el ser divino sea la misma verdad substancial con que se mueve el entendimiento, y la misma esencial bondad con que su querer se actúa; y quien así entiende y así quiere, y tan altamente vive, mejor será que digamos que no se mueve viviente, sino que sencillamente es la pura verdad entendiéndose y el puro amor amándose con acto sempiterno é inmutable ¹.

En esto es cosa muy de considerar cómo la perfección de la vida divina sube y vuela por cima de las otras vidas, que hasta aquí hemos declarado. Porque como la perfección de la vida se tome de la inmanencia de los actos proporcionalmente, de forma que, cuanto menos mudanza hubiere en los actos del ser viviente, tanto será su vida más real; siendo el estilo de Dios obrar inmanentemente sin sombra de mutabilidad, no hay dudar sino que posee lo más alto y perfecto de la vida. Y al decir *obrar*, no queremos tanto especificar operaciones que muestren

¹ *KLUTGOS: De Deo*, p. 1, l. 1, q. 1, a. 8.

á los ojos la vida, cuanto señalar aquella substancia eminente, que con la operación se identifica é iguala, por ser la vida nombre substantivo, como lo enseña santo Tomás ¹, y lo declaró Aristóteles cuando dijo: «Virar para los que viven es ser ²». Pues, como sea Dios el ser por excelencia, ni quepa en él cosa que no le tenga sumamente sin mezcla de limitación, cuádrale por soberana manera vivir y ser la vida subsistente: que «si Dios no fuese vida subsistente se seguiría ser viviente por participación, y ser eso se reduciría á ser otra cosa que vivió antes que él ³», como sabiamente dice el Doctor Angélico.

Diferenciándose, pues, los vivientes de los que no lo son en tener dentro de sí el principio de sus movimientos por propiedad suya ⁴, ¿cómo podrá dudarse que debemos atribuir vida soberana al Ser Supremo, que es piélagos sin fondo de todas las perfecciones? Dado que los seres que viven se actúen y obren con más noble manera que los que carecen de vida, esa actuación y operativa facultad débensela á la fuente manantial de toda operación y facultad, que es Dios nuestro Señor, al cual, por el mero hecho, es necesario conceder vida formalmente perpetua. Mas si en Dios ponemos vida formalmente tal, menester será que su vida se marque con el timbre de perfección simplísimas, cual pueda caer en una esencia actualísima y de todo punto inalterable. Porque toda la substancia de la vida en esto consiste: que el viviente tenga de su propia cosecha y no mendigado ni prestado, el vivir, como en otra parte probamos ⁵; y no nos dicen á voces las criaturas que para perfeccionarse en su especie se ven necesi-

tadas á buscar sustento y arrimo fuera de sí, y que para ello tienen que moverse, y que con la fatiga de sus movimientos declaran aquella incesante lucha con la necesidad que por sí mismos no pueden satisfacer? Si, pues, hay un ser que no necesite ajeno favor para sustentar la vida, ese tal vivirá sin necesidad de moverse para salir de sí y gozará de perfectísima vida, no siendo deudor á ser alguno de su propia y vital substancia. Así lo entendió santo Tomás, cuando dijo: «Aquel ser, cuyo es entender por su naturaleza, y á quien lo que naturalmente tiene no se le determina por otro ser, es el que obtiene el grado de vida más excelente; tal es Dios ⁶».

De aquí se deduce que así como las plantas, que todo lo reciben de fuera, viven vida muy limitada, y tal, que apenas merece el nombre de vida; y como los brutos, que poseen conocimiento sensible que los adiestra á procurarse la perfección, pero por carecer de fin deliberado todavía tienen vida bruta y grosera; y como los seres racionales, que ordenan sus movimientos á su fin propio y dependen menos de lo exterior, viven más exquisita y perfectamente; así también Dios, que ninguna necesidad tiene de cosa que le venga de fuera, alienta vida soberanamente perfecta y absoluta, porque entendiéndose á sí mismo se mueve sin salir de su esencia y se actúa con operación improducta, inmanentísima é indistinta del mismo Dios. Este linaje de vida realzadaremedan, encendiéndose en su imitación, las criaturas en cuanto compete á su flaco posible, como agudamente lo notó el P. Mauro por estas palabras: «Las plantas y los animales participan del generante una pequeñísima porción de substancia, siendo producidos en estado imperfectísimo; pero luego granjean toda la perfección de por sí, nutriéndose con sus facultades

¹ I p., q. xviii, a. 2.

² *De anima*, l. ii, cap. v.

³ *Contra Gentes*, l. i, cap. xxviii.

⁴ *Solutio: De anima*, l. i, cap. iv.

⁵ *Cap. xxi*, art. 11.

⁶ I p., q. xviii, a. 3.

des vitales, creciendo, perfeccionando los órganos y alcanzando estado perfecto. De igual forma los animales sintiendo se hacen por sí mismos sensibles; y por la misma vía los seres intelectivos. De arte que al modo que Dios es de suyo todas las cosas, los seres inteligentes se hacen en cierta medida todas las cosas de suyo también. El hombre, que de todos los animales es el único que vive vida racional, que es más divina, nace desprovisto é inerme, como quiera que los demás salen á luz vestidos y bien armados, para que por la razón y por las manos se procure vestidos y armas, y tenga de su habilidad é ingenio lo que los brutos tienen de naturaleza ¹.» Hasta aquí es del P. Mauro.

Si comparamos la vida en el ser inteligente y en Dios, notaremos cuán por extremo sobrepaja la una á la otra. Porque el ser inteligente se ve solicitado por un fin que le es distinto y extrínseco, y así es movido por la fuerza del fin, y á él tiende y corre presuroso; pero Dios, que se tiene á sí mismo por fin, se mueve sin ser movido: la criatura inteligente, en el entender y querer depende del objeto externo y del divino concurso; pero Dios por su propio conocimiento, sin extraña intervención, se determina y obra, bastándole su infinita naturaleza para eternamente moverse: la criatura intelectual juntamente participa de Dios los movimientos que ejecuta, sin cuya voluntad permanecería en absoluta inacción; pero Dios se entiende y se ama sin recibir de nadie conocimiento y amor, él se es su amor, él se es su conocimiento, él se tiene de suyo con absoluta propiedad todo cuanto para vivir necesita; y, por consiguiente, no sólo vive vida perfecta y acabada, sino que él mismo es vida esencial, vida eminente, fuente y manantial de toda vida. «Vida es Dios, dice doctamente el

P. Lessio, y no vida como quiera, sino vida capital y eterna, y el lleno y universalidad de la vida, origen y acabamiento, principio y fin de la vida: en su vida, aun las cosas que no viven tienen vida. Porque él es esencia sobrevital y vida sobreesencial, conteniendo de antemano en sí eminentísima y simplicísimamente y abrazando causalmente, y formando, conservando y rematando fuera de sí según su especie toda substancia vital. Él se es su vital operación, conviene á saber, su inteligencia, su amor, su gozo, su bienaventuranza ².»

Siendo vida subsistente y esencial, por la misma causa es fuente caudalosa de todas las vidas que en el mundo son y puede haber; porque contiene en su esencia la razón y las perfecciones de todas, y es su causa ejemplar y autor; y no sólo autor, pero también protector, conservador y próvido restaurador de toda vida ³. No es, empero, Dios alma del mundo, ni vida universal, como soñaron los fatuos de los antiguos y fingen algunos más fatuos modernos, en el sentido propio y literal de la palabra, como si Dios fuera el principio inmediato que ejecuta y obra en los seres mundanales: esta locura la hemos reprendido en otro lugar. Que por ser causa remota de las operaciones vitales, se llame Dios vida del mundo metafóricamente, no desdora la majestad de su realísima vida, como no desdora el decir san Pablo: «en él vivimos, nos movemos y somos ⁴», refiriéndolo á la divina presencia que á todas partes asiste y en todas se actúa.

Por esta razón, el P. Suárez, á la dificultad cómo siendo la vida de Dios entender y querer, pueden participar la seres como los árboles, faltos de

¹ De perf. divin., l. vi, cap. v.

² Ps. xx, 5; xxvi, 1.—Ezech., xxxvii; Joan., v, 21; Apoc., xi, 11.—Joan., i, 3.

³ Act., xvii, 28.

razón, responde generalmente, que porque la vida de Dios está en acto substancial y perfectísimo, y las de las criaturas en actos accidentales y limitados, ninguna de ellas puede decirse que vive como vive Dios; y si decimos que tienen parte en la vida divina, deberá entenderse así, que Dios intrínsecamente está siempre en acto último y perfecto de sí, pero las criaturas pueden constituirse de suyo en acto segundo imperfecto. Y viniendo al caso de las plantas, añade: «Respondemos que aunque en Dios no hay más actos vitales que entender y querer, á nuestra manera de concebir, pero en estos actos se encierran muchas razones más ó menos comunes, y según ellas pueden los árboles tener, á par de vivientes, alguna proporción y concurrencia con Dios. Porque en Dios en hecho de verdad no cabe más grado de vida que el entender, que es el único que participan las naturalezas intelectivas; y sin embargo de esto, también los animales tienen su parte en la vida divina; porque ya que no semejen el entender de Dios, en cuanto es entender, á lo menos le remedan y figuran debajo de razón más abstracta, cual es el conocer. Pues así también los vegetales, puesto que no convegan con la intelección de Dios, su razón de conocimiento, tienen otra conveniencia más abstracta y común, que es constituirse por sí mismos, ó sea obrar cerca de sí, tomando el obrar latamente, en cuanto prescinde de la eficiencia, ó ser en acto por la esencia ¹.»

La misma doctrina enseñó el P. Lessio por estas magníficas palabras: «De aquella fuente sobrevital todos los seres que de alguna manera viven, toman vida y sacan sus vitales facultades y movimientos, unos más excelentes, otros menos, cada uno en su grado y por su orden. De él toda vida de plan-

tas, y de animales, y de hombres, y de demonios, y de ángeles, toda vida natural y sobrenatural, de este siglo y del futuro, temporal y eternal, deriva, florece y alienta. Finalmente: así como él es el ser sobreesencial de todos los que existen, así es vida sobrevital de todos los que viven, como lo dice san Dionisio, capítulo vi de los *Nombres divinos* ². Y luego, juntando la vida esencial de Dios y la participada de las criaturas, añade gravemente: «Atribúyese á Dios la vida, especialmente á causa de su inteligencia y sapiencia; porque esta es la primera y suma vida, ó la vital operación, de que toda otra vida procede. Pues de la sabiduría nace el amor; y por ella todas las demás cosas fueron criadas y formadas. Después en su sabiduría todas las cosas viven; porque el ser entendidas y formadas con entendimiento es la substancia y vida de las cosas inteligibles, y la intelección de una cosa es la misma cosa de un modo inteligible. Así que la sabiduría divina es vida de todos los seres, y por ellos Dios vive para sí y para todos, y todos viven para él, y están presentes, y resplandecen, y permanecen en él invariablemente de toda eternidad ³.»

ARTÍCULO II.

Vida de Dios *ad extra*.—El entendimiento, divino conoce todos los actos necesarios y libres de las criaturas.—De qué manera los conoce.—La divina voluntad libremente se termina en las cosas criadas.—Voluntad de beneplácito y de permisión.—El poder divino ejecutor de los quereres de Dios.—Creación y conservación de los seres.—El divino descanso es ocupación continuada.—El mundo microscópico demuestra el divino poder.

Acto vitalísimo de Dios es la inteligencia, tanto en él más perfecta que la de los seres intelectivos, cuanto dista más infinita-

¹ De perf. divin., l. vi, cap. v.

² Ibd.

³ De anima, l. i, cap. iv.

⁴ In quest. philo., vol. iii, q. xxii.

mente que ellos de lo tosco de la materia aquel purísimo y simplicísimo ser que abarca en sí todo ser y toda perfección. No solamente es sabia, pero la misma sabiduría increada; «todo mente, todo razón, todo espíritu activo, todo luz», como habla san Ireneo¹; y san Agustín «en la admirable simplicidad, dice, de su naturaleza no es una cosa saber y otra ser, sino que saber y ser son una y misma cosa». La inteligencia es en Dios substancial y subsistente, ni más ni menos que su divino ser, sin que le falte grado ni entidad á la perfección del entendimiento; todo lo comprende y cala de golpe y enteramente con la purísima é inviolable mirada de sus vivísimos ojos.

En primer lugar, el alma, por más que se entere de sus actos, no recibe en sí el resplandor de su esencia, aunque revolviendo sobre ellos sienta ser ella principio de sus conocimientos y voliciones: no así, sino por más alta manera, Dios, cuyo ser es actuarse, no mediando linaje alguno de reflexión, tiene unido y esencialmente enlazado consigo su propio conocimiento, siendo su virtud intelectual por extremo fecunda al par de su inteligibilidad, que sobrepuja á la razón de todo entendimiento, por lo cual sobre tener conciencia de sí, comadrisimamente comprende é intuitivamente penetra el océano sin orillas de su insondeable esencia. Por este motivo su ser es objeto formal y primario de su sabiduría, por cuanto no hay causa ni razón fuera de ella que le determine á entender y amar.

Todas las demás cosas las entiende en cuanto figura en sí y tiene traspasados á sí los rayos de ellas; si no las viese todas embebidas en su ser, á sí propio tampoco totalmente se conocería. Sin fatiga posee puntual noticia de las cosas mínimas y ocultísimas, que

¹ Lib. II, cap. xxxviii.

² De Trinit., I, xv, cap. xiii.

fueron, son, serán y pueden por tiempo ser: porque todas las que de alguna manera son, tienen el ser sumido en el abismo de la divinidad con exceso y eminencia; y Dios, que contempla con aquellos acicalados ojos la hermosura de su ser, no puede no ver con igual claridad las cosas que en él se representan, por manera que alcanza de vista la suma de pensamientos que en cabezas de hombres se han fraguado, ni sólo discierne los más menudos movimientos que en las entrañas de los animales se excitan, pero sabe distinta y tasadamente el cómo, el cuándo, el por qué y la razón de ser de cada acto vital y orgánico; y aún pasa más adelante, y le hacen efecto, y se asientan vivamente en su soberano entendimiento, cual si presentes fueran, todos los afectos, querer, sentimientos y mudanzas que en los siglos por venir han de pasar en ángeles y hombres por toda la eternidad.

«Hermosísimo teatro, exclama atónito el P. Juan Eusebio Nieremberg, es el de la sabiduría divina, en la cual conoce Dios infinitos mundos semejantes á este, y otros desemejantes totalmente, infinitas especies de animales, peces y aves diversas de las de ahora, é infinitos individuos debajo de cada especie; y no sólo infinitos, sino infinitudes de infinitos. No puede el entendimiento humano tener concepto de un infinito; pero en el entendimiento y sabiduría divina caben infinitudes de infinitos, y no es más en ella que una gota de rocío que cae en el Océano. Están, pues, en la capacidad de su sabiduría, sin embarazo alguno, clara y distinta y particularmente, muchas maneras y géneros de infinitos, porque está la multitud de individuos, la cual es infinita en cada especie, y multitud de especies, que en cada género también es infinita, y los géneros también son infinitos; y no sólo conoce todas estas naturalezas, sino cuantos

sucesos, movimientos y acciones en todo género pueden caber en tanta infinidad de individuos¹.» El mismo concepto expresó el P. Leonardo Lessio en sus *Perfecciones divinas*², casi con las propias palabras, declarando que Dios conoce una muchedumbre infinita de cosas. Y dado que un número infinito no pueda especificarse, ni ponerse en acto, porque, por más que se diga, resta siempre que poner; empero «Dios, dice Santo Tomás, no así conoce el infinito ó los infinitos, como quien cuenta parte tras parte; conócelos por junto, y á la vez, y no sucesivamente».

Sobre toda razón es la noticia que tiene Dios de las cosas. Desnudos y patentes están á sus purísimos ojos los actos libres que han de hacer las criaturas racionales: tiende los ojos por los largos trechos del tiempo y por las futuras soledades del espacio, y no hay determinación de criatura que se escape á la agudeza de su vista; tanto, que negarle á Dios el conocimiento cierto de las cosas futuras cualesquiera, es, en concepto de san Agustín, como poner en su esencia las manos, y despojarle de su divinidad³, porque siendo acto purísimo, si granjearse con el tiempo nuevas noticias, se perfeccionaría de alguna suerte, y luego decaería de su infinita perfección. Pero lo que realiza más la sabiduría de Dios es el conocer, no sólo cuanto ángeles y hombres libremente querrán hacer en lo sucesivo, mas también lo que harían y querrían hacer si tales ó tales circunstancias los rodeasen. De esta ciencia pocas veces hablaron los antiguos escritores; no por eso deja de ser cierto é infalible en Dios el conocimiento de los futuros condicionados, que aun los hombres por presentimientos y conjeturas saben de algún modo

rastrear. Si veneramos en Dios una providencia que guía á su término el curso de las cosas humanas, según el orden que él mismo estableció, ¿cómo podía escoger orden y guiar al fin propuesto las cosas, si ignorase las obras que habían de ejecutar los seres libres, puestos en determinadas condiciones⁴?

Ahora, á quien desee saber cómo Dios conoce tanta infinidad de cosas, responde la Teología católica, que la esencia divina, «que tiene en sí la semejanza de todo ser y de todas sus diferencias», es la lumbré donde ve Dios y entiende todas las cosas; porque como la esencia divina sea la causa primera, eficiente, final y ejemplar de todo lo que algún ser participa, contemplando en ella Dios, descubre en sus vivísimos resplandores el orden y las naturalezas de todos los seres finitos; y sin discurso ni trabajo ve delante de sí las más remotas consecuencias. Bien dijo santo Tomás: «Dios con su entendimiento se entiende á sí principalmente, y en sí entiende todas cosas». Pues las cosas futuras las conoce Dios con sus penetrantes ojos, no como futuras, que entonces habría en el orden de presente y porvenir, mas como presentes, á causa de su soberana eternidad, que equivale, abraza y está presentísima á todo tiempo y momento⁴. Trae el P. Nieremberg una muy buena comparación, y es razón tomada de santo Tomás, en el lugar arriba citado, que declara más lo dicho. «El que está en medio de un teatro, dice, no ve junto todo lo que hay en él, porque si ve lo que está delante, no ve lo que tiene á las espaldas; pero el que no estuviese en el teatro, sino sobre el teatro, levantado

¹ P. PEDRO FONSECA: *Metaphys.*, I, vi, cap. II, v. 4; P. MOLINA: disp. xv.

² SANTO TOMÁS: *Contra Gent.*, I, II, cap. xcxiij.

³ *Contra Gent.*, I, I, cap. lvij.

⁴ SANTO TOMÁS: *Quaest. Disp. De ver.*, q. II, a. 12.

¹ De la hermosura de Dios, I, II, cap. I.

² L, vi, cap. II.

³ I p., q. xiv, a. 12.

⁴ De Creat. Dei, I, v, cap. ix.

y eminente á todo, de una vista viera lo que se contenía en aquel espacio. Á este modo el Omnipotente Dios ¹.

En el modo de conocer los futuros condicionados libres queda realzada maravillosamente la ciencia de Dios. Por que teniendo ellos alguna manera de ser, es decir, condicionada, que es algo más que no ser futuros, como bien pondera el P. Casajoana ², son sin duda conocidos de Dios, no en ningún decreto que sea absoluto por parte de Dios y condicionado por parte de la criatura, sino en sí mismos, en aquella presencialidad que poseen y que les viene de ser en sí verdaderos y cognoscibles. No es este lugar de entender las razones á tal punto que excedan los términos prescritos, y usurpemos la jurisdicción á la sagrada ciencia á quien esto incumbe. Lea quien quisiere al sobredicho P. Casajoana que trata esta materia sólida y cumplidamente ³, siguiendo las huellas de los grandes teólogos Pedro de Arrubal ⁴, Valencia ⁵, Vázquez ⁶, Tirso González ⁷, Gormaz ⁸, Marín ⁹, Mayr ¹⁰, y otros, comúnmente de nuestra sagrada religión.

El segundo acto vital de Dios es su soberana voluntad; siendo sumo inteligente, no puede no ser sumo que-riente: y fuera de ser ésta perfección de las naturalezas espirituales, ¿cómo ejercitaría Dios su poder y justicia y misericordia si de voluntad estuviese ajeno? Y porque la voluntad es en él acto puro, que no difiere de su esencia,

¹ *Hermosura de Dios*, l. n, cap. 1.

² *Disquisit. IV, De Deo uno*, 1389, cap. III, a. IV, thes. XXXI.

³ *Ibid.*, thes. XXXII.

⁴ *Comentar. ac. disputat.* in 1. p. *Divi Thomae*, disp. XLV, etc.

⁵ In 1. p. D. Th., q. XIV.

⁶ In 1. p. D. Th., disp. LXXVI.

⁷ *Selectar. Disputat.*, t. I, disp. XII.

⁸ *Cursus Theol. g.*, t. I, tract. *De Deo*, disput. XI, XIII.

⁹ *Theolog. speculativa*, tract. I, disp. XII.

¹⁰ *Theolog. scholastica*, t. I, tract. I, disp. II, quest. IV.

y el amor es el primario y radical acto de la voluntad, resulta ser la divina esencia amor y caridad consumada; y de ahí síguese que Dios se ama á sí mismo principal y necesariamente, ya por tener en sí la fuente original de todo bien, ya por ser océano infinito y sin término de bondades. Empero no de tal manera arde en fuego de amor, y se deleita y baña en los olores suavísimos de su amabilísima esencia, que no se aplique con solicitud tierna y vivísima al amor de las criaturas, que son huellas de sus infinitas perfecciones, y en tanto tienen alguna sombra de ser, en cuanto reverberan destellos de la divina bondad; y así por ser Dios todo rayos de amor, y por abrasarse en vivas y eternas llamas para con su infinita bondad, el mismo ardor con su herida amorosa estimula su espíritu para que se ponga á tiernamente amar las cosas que la representan, como agudamente concluye santo Tomás ¹ en el lugar referido.

No ha menester Dios actos distintos para querer: porque «á la manera que el entender divino es uno, pues no ve sino uno en muchas cosas; también es uno el divino querer, y simple, porque á las cosas no las trata ni las tiene afecto sino por una cosa, que es su bondad ²». De estas palabras de santo Tomás se saca que no hay en Dios más título que su bondad infinita, que apremie su voluntad á mostrar eficaz amor ó á dejar de mostrarle. El asentar amistad con las criaturas y amarlas con extremo, es en Dios fineza de balde y graciosa; por motivo de que, aunque las operaciones internas del amor divino sean necesarias y esenciales, no lo son, sino libérrimas y gratuitas, las que pone fuera de sí, pudiendo poner otras y aun contrarias á las que hace. El Concilio Vaticano contra Günther,

¹ S. THOM. *Contra Gentes*, l. I, cap. LXXXV.

² *Contra Gentes*, l. I, cap. LXXXV.

³ 1. p., q. XII, a. 2.

que quiso enseñar haber Dios criado el mundo de necesidad, vencido del amor que se tiene, ha definido: «Dios con libérrimo acuerdo crió las cosas mundanas ¹». No puede ser más obvia la razón. Dios necesariamente de continuo se abrasa en amor de sí para consigo, por ser su esencia el principio sumo y el más excelso fin de todo lo amable; las otras cosas, en tanto le cautivan la voluntad, en cuanto echan respaldores y hacen manifestación de sus eternos atributos, y como por infinitos grados que participen y por milares de maneras que reflejen la bondad suma, nunca llegarán, no digo á agotar su infinita amabilidad, mas ni á representarla dignamente, sino que la manifestarán siempre en sombras y figuras; síguese que Dios, que á cada ser señala el grado de imitación que debe emular, no pudiendo parar en uno ni en todos juntos, que si fueran sin número quedaríanse muy atrás en la representación de la hermosura divina, ha de obrar libremente en la elección de las cosas que saca á luz, y es indigno de tan gran majestad atarse á la condición de cosas caducas, por más que fuesen en número y grado infinitas. Ni debe espantarnos el decir que más perfecta voluntad es aquella que se deshace en deseos de lo mejor; por que así como en Dios tan perfecto es el acto de crear plantas como el de sacar á luz ángeles, tampoco su voluntad es por eso mejor, porque se emplee en mayor suma de bienes, como quiera que la medida de sus querer es sea el amor subsistente del sumo Bien.

En Dios pueden considerarse dos suertes de voluntades: una de complacencia, con que establece y manda que se cumpla lo que su majestad desea; y otra de permisión, con que sufre pacientísimamente, ó deja que sea rodeo que se haga lo que su bondad rehusa.

Está claro que en queriendo Dios que una cosa se ajuste á la disposición absoluta de su infinita voluntad, llévase á término sin falta ninguna; pero si quiere condicionalmente y mediante causa segunda, su querer no tiene en su pecho tan hondas raíces, que de necesidad se deba ejecutar; mas como quiera que fuere, la divina voluntad siempre dominará y pasará adelante, estando, como está, puesta en que se guarde el orden secretísimo de su providencia. Así puede el Señor permitir males, no por la culpa y desorden moral que traigan consigo, sino por la proporción que puedan tener al cumplimiento de sus divinos acuerdos; pues como bien dice san Agustín, «no permitiría Dios males si no fuera tan poderoso y bueno que de ellos sacase bienes ²»; de cuyas palabras se sigue cuán bueno es en Dios el tolerar la maldad.

En tercer lugar, la vida divina, no sólo consta de sabiduría y de voluntad infinita, sino lo que la inteligencia dirige y la voluntad ordena, lo pone en obra el poder. Porque, como dice santo Tomás, «el poder se pone en Dios como diverso de la ciencia y del querer, sólo racionalmente, en cuanto el poder importa razón de principio que ejecuta lo que manda la voluntad dirigida por el entendimiento: tres cosas, que en él una misma son; si no, digamos que la ciencia ó la voluntad según que es principio efectivo, tiene razón de poder; de arte, que la consideración de la ciencia y de la voluntad antecede en él á la consideración de la potencia, como la causa antecede al efecto ³». La omnipotencia de Dios, que, como su esencia, amor y entender, es toda infinita, extiende su jurisdicción á todo el ámbito de las cosas actuales, posibles y futuribles. Todo reside vasallaje á su soberana potestad:

¹ *Enchirid.*, cap. XI.

² 1. p., q. XV, a. 1.

³ *Const. De fide*, cap. I, can. V.

ni por gobernar mediante causas segundas es menos inmediata y presente; porque tan esencial es la dependencia que tiene todo ser del Supremo ser, que sin su asistencia sería inhábil para existir, cuanto más para obrar; y si á las cosas les faltase el brazo de Dios, que las sustenta, como destituidas de fundamento caerían en su ruina y se resolverían en la misma nada que antes eran. Tan de Dios es la criatura, y tan absoluto Señor es él de ella, que nada puede dar de sí ni prestar, que no pertenezca primeró á Dios por más de un título: de su luz participa toda luz, con su hermosura se engalana toda hermosura, su poder asiste á todo poder, con su vida alienta toda vida, de su esencia recibe virtud toda esencia, quedándose su poder tan entero, cual si con derramarse tan magníficamente en la creación no hubiera salido de sí.

Primeramente el poder divino se basta á sí mismo, y no ha menester sujeto que reciba y salga al encuentro á su acción. Crear puede; y aunque no pudiese crear más mundos que este, habla para quedar deslumbraados con la grandeza de su incomprendible Omnipotencia; ¿qué será, pudiendo dar ser á otros cuantos sin cuento de mundos más perfectos y excelentes que el nuestro, ya en la corpulencia y lindeza de los astros, ya en la hechura y calidad de los animales, ya en la composición y gentileza de los cuerpos humanos, ya en la variedad y eficacia de las leyes del universo? Y lo que más enmudece la lengua, y ataja las palabras, y desmaya el discurso de nuestra razón, es poder Dios deshacer en un pensamiento lo hecho, y aniquilar lo criado, y desandar lo andado con igual facilidad, y de nuevo fabricar esta gran máquina y otras cien, millares y millares de veces, sin mengua ni fatiga de su agotable poder.

No explica con menos elocuencia el dominio de Dios la conservación que la creación. Si Dios no continuase aquel primer impulso que dió á la materia cósmica en el día primero, y no influyese inmediatamente en el sostenimiento de todas las cosas singulares, se desordenaría todo el ornato del mundo y repentinamente se destrabría y fenecería la universidad de las cosas. Graciosamente y sin respeto á su interés presta Dios la majestad de su influjo, pero sin su soplo se apagaría la llama de toda vida, y toda existencia quedaría desflorada y sin vigor. Hermosamente lo demuestra san Agustín por estas palabras: «Puede entenderse que Dios descansó en el séptimo día, cesando de producir nuevos géneros de cosas, porque en adelante no crió más. Hasta el presente y en lo sucesivo obra la administración de los mismos géneros ya criados, mas no de tal manera que prive de la presencia y solicitud de su poder á los cielos, la tierra y cosas hechas, porque si les quitase su influencia se desharían y tornarían nada. Porque el poder del Criador es causa que subsistan las criaturas; que si de la mano las soltara, dejarían de ser y caerían en el abismo de lo que antes eran. No es este mundo como la fábrica de un edificio, que queda en pie y dura aun muerto el que le construyó: si Dios le subtrae su gobierno y providencia, en un pestañear de ojos acabará y dará al través. Por esto cuando el Señor dice: *Mi padre hasta ahora sigue obrando*, demuestra una cierta continuación de su obra y la conservación, que contiene y administra todo el universo mundo». Hasta aquí san Agustín.

En este eterno descanso del Criador resplandece su presencio dominio de varias maneras, ora sustentando las criaturas en el firmísimo arrimo de su

¹ *De Genes. ad litt.*, l. iv, cap. xii.

divinidad, ora teniéndolas colgadas sobre el abismo de la nada y preservándolas de caer en él, ora dando virtud á sus potencias y cualidades para que obren, ora, en fin, apretando de continuo sus partes y habilitando sus fuerzas para que conserven la unidad de su ser y de su fin. El concurso de Dios en la conservación de las cosas no es un influjo general é indeterminado, como pensaron algunos; es especial y concreto: aquella misma acción con que Dios crió, con esa perpetúa la existencia de los seres. Aun aquellas cosas que son producidas por causas segundas, y en cesando éstas duran en su ser, son confortadas por Dios con influjo determinado, cual si sólo él las hubiese producido. El dominio de Dios tanto resplandece en haber sacado de la nada la materia del mundo, cuanto en conservarla para que no cese, atrayéndola hacia sí, renovando sin cesar su naturaleza, teniendo adheridas entre sí las partes corpóreas, y haciendo que eche de sí nuevas formas de producciones. Por manera, que ninguna criatura que Dios preserve puede perecer, y ninguna puede alargar los días de su existencia si él no se lo da, ya que sería absurdo conservarse un ser á sí propio sin la divina asistencia. Así que el influjo de Dios no es de menor entidad en la conservación, que fué en la creación de las cosas, por ser la conservación continuada creación, y su potestad no de menos quilates, ni otra que aquella primera que llamó á la existencia las cosas que no la tenían, como se saca de san Agustín en el lugar citado, y de santo Tomás², y lo prueban entre otros Doctores el cardenal Cayetano³, Durando⁴, Escoto⁵,

Molina⁶, Vázquez⁷, Suárez⁸, y Lessius⁹, erudita y copiosamente.

Demostración esplendorosa de tan inmenso poder nos suministran las ciencias naturales. El mundo microscópico descubierto por los modernos á poder de desojear escudriñando la casi infinita numerosidad de sus individuos, revela cuán increíbles misterios tiene Dios engastados en un espacio pequeñísimo. ¿Hay prodigio comparable con el órgano del oído, tan corto en magnitud cuan preñado de maravillas? Las fibras de Corti, que rematan en el nervio acústico, están dispuestas y derramadas con tal artificio, que siendo ellas tres mil, distribuidas en siete octavas, á razón de 33 fibras por semitono, dan de sí todos los sonos posibles, y excitadas por una vibración cualquiera, denuncian con facilidad la más leve diferencia del sonido. Y sin entrar en esta teoría de Helmholtz, ¿qué sabiduría y poder no requiere este sistema de cuerdas, hecho á manera de arpa, delicado cuanto sutil? ¿Hay mecanismo más portentoso que el oído medio? Con ser la cadena de huesecillos menudísima, en vibrando la membrana del tímpano, comunica sus temblores al mango del martillo, éste da en el yunque, el yunque empuja el estribo á la ventana oval, la ventana obra sobre el líquido del vestíbulo; así con rapidísima sucesión de movimientos llega á tocar las fibras de Corti aquella vibración del cuerpo sonoro que por medio del aire hirió el tímpano del oído. ¿Qué diremos de la retina, expansión del nervio óptico, compuesta, con ser delgadísima, de ocho ó diez telillas de finísimo tejido? Capa de los palillos (0^{mm}, 0018 ancho—0^{mm}, 070 largo), capas granuladas, capa de células nerviosas, capa de fibras nervio-

¹ Lessius: *De perf. divinis*, l. x, cap. ix, *De summo Bono*, l. ii, n. 31.

² *I p.*, q. civ, a. 2.

³ *In I p.*, D. Thomas, l. c.

⁴ *In II*, dist. 1, q. 2.

⁵ *In II*, dist. 1, q. 5.

⁶ *In I p.*, cap. x, a. v, disp. 1.

⁷ *In I p.*, disp. lxxx.

⁸ *Metaphysic.*, disp. xxx.

⁹ *De perf. div.*, l. x, cap. iv.

sas, membrana hialina, zona de Zinn, membrana limitante; todas estas finísimas telas sobrepuestas son necesarias para que se pinten las imágenes en el fondo del ojo y tenga lugar el acto de la visión. ¿Quién que haga examen de este misterio no confesará exceder esta obra los límites de la humana comprensión?

Espantados andan y fuera de sí los que contemplan la fábrica de un organismo, viendo cuántos milagros traen de continuo entre manos. En un milímetro cúbico de sangre, que puede colgar en la punta de un alfiler, descúbranse cinco millones de glóbulos; de ellos colorados, de ellos blancos destinados á producir los bermejos: además hematoblastos, más pequeños aún; microcitos, glóbulos bermejos degenerados; vesículas elementares, que nacen de los glóbulos blancos; granulaciones grasientas; corpúsculos puntifórmes; placas de pigmento; cristales de hemoglobina; elementos extraños, bacterias, etc., etc., etc.; es decir, en una gotica de sangre cabe un mundo de seres, dotados de fuerzas maravillosas, con su peso, número y medida; y en un tan reducido espacio hacen generosa demostración de sí la sabiduría, la voluntad y poder de nuestro Señor, dejando atónitos, pensativos y fuera de sí á los hombres que tanta maravilla contemplan.

ARTÍCULO III.

Vida de Dios *ad intra*. — La comunicabilidad divina. — El Padre engendra al Hijo. — El Padre y el Hijo espiran al Espíritu Santo. — Dios reveló su vida íntima en el Viejo Testamento por sus profetas; en el Nuevo por su Verbo humanado para llevar á cabo el ideal del universo. — Restauración acabada por el Hijo de Dios hecho hombre. — La Iglesia católica promueve este gran intento. — Esferas de León XIII. — El sabatino. — La creación segunda será coronamiento de la primera. — Gozo de la vida divina.

Esta es la vida de Dios, vida *ad extra*, ocupada en el cuidado de las criaturas, vida toda puesta en derramar bondades; pero que ni es

comunicación de bien infinito, ni es fecundidad suma, porque no se da la divina esencia, sino sólo á las criaturas se les reparte el ser caduco que tienen. Otra más alta vida goza Dios, vida *ad intra*. ¿Da vida él y carecerá de vida íntima? Vida tiene en su eterno descanso: fuera de los términos de este mundo deleznable, posee Dios vida interna y esencial: el inmutable se mueve, el incommunicable comunica, el autor de la vida vive. Y como haya distancia infinita de las criaturas á Dios, en nada turba la serenidad de aquella reposada vida el rebullicio de las cosas criadas. Vive, pues, Dios: y no solitario; pues en la unidad de la esencia subsisten tres personas divinas: ni vive estéril; que quien fuerza concede para engendrar, no habia de quedarse sin Hijo, ni el autor de toda fecundidad habia de ser infecundo. Á la condición de la bondad pertenece que sea comunicativa, y que cuanto mayor es el bien que posee, mayor sea su comunicación; y de aquí á la bondad infinita tócale comunicación plena y de todas maneras perfecta. La cual comunicación no puede consistir en hacer participantes de ser y de vida las criaturas que pueblan el cielo y la tierra: cortedad fuera ésta de parte de Dios, como quiera que, aun puesto caso que nuestro mundo fuese el más perfecto de todos, que no lo es, y rebosase en lindezas, ¿qué serían todas ellas sino menos que un poco de polvo en el divino acatamiento?

Otra más alta comunicación, sin tasa, ni modo, ni limite era menester al talle de la capacidad de Dios, á que no se pudiese añadir ni imaginar cosa más subida: y así hay en Dios suma fecundidad, porque hay suma comunicación, comunicación de deidad infinita. Su vida propia, esencial y personal consiste en que, siendo Dios infinitamente uno y necesariamente

1 ISAIAS, LXVI, 9.

único, es á la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres adorables personas y un solo Dios verdadero, indistintos en cuanto á la naturaleza, distintas, real y formalmente, en cuanto á las relaciones de origen. Misterio altísimo; con el abismo de su infinita luz reverberados nuestros ojos, se cerrarían y se harían del todo ciegos para no creer, si la misma inapeable alteza no tuviese rastro y olor de ser cosa de Dios, y verdad, como quiera que del Altísimo altísimamente debamos sentir, y cuanto más divinas son las cosas, más altas é incomprensibles las ha de estimar el hombre.

Dios se entiende á sí mismo: entendiéndose comprende toda la razón de su inteligibilidad, que es infinita; es luego infinita la inteligencia divina. Y á la manera que el entendimiento criado produce un entender que no es su ser, sino accidente distinto de la esencia inteligente; por contraria manera el entendimiento increado engendra, entendiéndose, un concepto substancial, no accidental, de sí mismo, una imagen intelectual igualísima, un ser intencional dotado de substancia, un verbo inmanente y realísimo, que da de sí generosamente la misma deidad en cuanto entendida. Así la inteligencia substancial que produce al Verbo, y el mismo Verbo producido, son dos personas realmente distintas, Padre é Hijo; mas no de forma que pueda decirse que en cuanto el inteligente y el entendido poseen la misma deidad, sean dos substancias, sino una sola y dos relaciones. Unión inseparable y comunicación plentísima, que hace al Hijo imagen adecuada del Padre, retrato de su substancia, resplandor de su gloria, candor de luz eterna, espejo sin mácula, fuente de sabiduría, alegría de los cielos, dechado de toda criatura.

Entenderse Dios es amarse. Pues así como entendiendo el Padre su esencia, engendra por su infinita fecundi-

dad al Verbo su semejante; así amándose el Padre y el Hijo, encendidos en mutua llama de caridad, por virtud de aquella estrecha unión, cual nunca cupo en entendimiento criado, por inefable y bienaventurada manera, expiran como término intrínseco el supremo y eternal amor, no por afecto sólo, sino por efecto y suma realidad: el cual, puesto caso que se identifique con la esencia divina y esté lleno de su infinita substancia, con todo, el Hijo procede por vía de entendimiento y no de amor, y el Espíritu Santo por vía de amor y no por entendimiento. El entender se presupone al querer en su orden de razón formal, porque se ama el bien en cuanto conocido, no al revés: así es Dios; entendiéndose, se agrada y se ama, y no al revés: que por eso la formal razón del amor se funda en la formal razón del entendimiento, que es acto purísimo y simplicísimo. Pues como el Padre comunique al Verbo todo el caudal de sus atributos, excepto la razón de Padre, y por el mero hecho también la facultad de exhalar amor, y como la expiración del amor presuponga la inteligencia; de ahí viene á ser que el amor divino, que es el Espíritu Santo, deba emanar del Padre y del Hijo á la vez como de un principio, y no sólo del Padre que engendró al Verbo, mas también del mismo Verbo entendido y engendrado por el Padre. Y siendo este amor recíproco expirado por ambos á dos, no accidente, sino substancia, y esa infinita, igual con la del Padre y del Hijo, síguese ser la persona del Espíritu Santo Dios tan perfecto, poderoso y sabio como el Padre y el Hijo lo son, abrazo regaladísimo, ósculo suavísimo, vínculo apretadísimo, paz serenísima, amor abundoso, raudal de gracia, mar de dulzuras, don de dones y raíz de gozo inefable.

Tres personas hay, pues, en la única

1 CARD. FRANKLIN: *De Dei Trino*, thes. xxvii.

y absoluta esencia. La noción de relativo distingue bien las personas, la noción de absoluto unifica la esencia. En la alteza de estos conceptos se desalienta la admiración, y cae como aturrida la flaqueza de nuestro entendimiento; y el hombre sumido en el piélago de tantas maravillas, no acierta á dar gracias á la incomprendible bondad de aquel Señor, que tuvo á bien revelarnos los secretos de su vida íntima y personal.

De muy antiguo puso Dios cuidado en dar á conocer á los hombres la alteza de su incomprendible Trinidad y descorrer tanto el velo que cubre su infinito resplandor. Del número ternario, dijo Aristóteles: «Usamos de este guarismo para el culto de los dioses, habiéndolo aprendido de la naturaleza» (πρὸς τὰς ἀριστοτέλους χρισίματα τῶν θεῶν τῷ ἄρθρῳ τῷ πρώτῳ τῆς πρώτης ἐπιγραφῆς). Y Plutarco: «El número tres es el principal de todos los números» (ὁ πάντων ἀριθμῶν πρῶτος, τέλειος, ἢ μὲν τριάς).

Barruntos eran estos, que de muy lejos iban preparando los ánimos de los gentiles al suave resplandor de la fe. Ninguna gente pagana acertó á columbrar, mucho menos á profesar, la verdad de este incomprendible misterio. Los racionalistas modernos, á trueque de hacer de la mentira verdad, y sospechoso el dogma que el cristianismo profesa, porflan en mostrarnos trinidades en las religiones antiguas. Falsa é impiamente el escritor español, arriba censurado, se arrojó á decir del dios de los egipcios: «Su Dios era uno en esencia, y no único en persona; á la vez el padre, la madre, el hijo de Dios, tres personas que son Dios en Dios, y que lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren todas tres á su infinita perfección... La teología cristiana apenas tendría nada que pedir al Dios de

los egipcios...» Con más torpeza é impiedad formula el nuevo teólogo su tesis general asentando esta blasfemia: «Los dioses tienen este punto de contacto con la Trinidad cristiana, que son muchas las personas y un solo Dios verdadero. No considerarlos así, es un motivo de error que vicia todos los sistemas...» No es éste lugar de responder al ignorante según el tamaño de su ignorancia. El olvido del catecismo y la maldita afición á libros perversos, van dando lugar á la publicación de tales impiedades, inauditas en nuestra península, con gran descrédito de los que las propalan.

Con más claridad que á los gentiles descubrió Dios á su pueblo escogido la grandeza de la Triade gloriosa. No que el pueblo hebreo hiciese profesión de creer este augusto misterio; pero en los libros del Testamento Viejo vemos con cuánto ahinco procuraba Dios adestrar los varones más sabios y amigos suyos, como arriba tocamos¹, debajo de figuras y símbolos, en el conocimiento de las tres augustas personas. Uno de los destellos más ilustres de la revelación de este misterio se contiene en el capítulo del Génesis, que vamos á dejar de las manos, en aquellas magníficas palabras: Y dijo Dios: «Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra.» Donde las voces imperiosas *hagamos* y *nuestra* denotan acción mancomunada, comunicación de intentos, acuerdo común y unión de voluntades. Ni vale ni repugna á esto el dictamen de Gesenio ni de los rabinos citados por Buxtorfio, ni de otros cualesquiera literatos, que para crédito de erudición han dado en llamar *pluralmajestático* al plural de este versículo: ni es menos intempestivo y descaminado el entender el *fa-*

¹ ESTANSLAO SÁNCHEZ CALVO: *Los nombres de los dioses*, p. 231.

² *Ibid.*, p. 425.

³ Cap. viii, art. 1.

ciamus como alocución dirigida á los ángeles que, según antes decíamos¹, nada tuvieron que ver en la formación del hombre. Las voces de los santos Padres concuerdan y corresponden las unas con las otras con tan maravillosa unidad, que hacen fuerza á todos los entendimientos humanos y cierran la puerta á todas las dudas²; sin tocar ahora otros infinitos lugares que despiden encendidos rayos de este soberano misterio.

Pero queremos aquí señalar una de las principales glorias de la Iglesia española. La profesión del todo explícita y cabal del misterio de la augustísima Trinidad, viniendo de las Iglesias orientales, estuvo en vigor en España ya á mediados del siglo v, en 447³. El Concilio tercero de Toledo (á 8 de Mayo de 589), por mandado del rey Recaredo, ordenó que el Credo constantinopolitano se cantase en todos los templos de la Península, y se rezase por el pueblo antes del Padre nuestro⁴: en el Concilio Toledano cuarto (633), y en el sexto (638), y en los siguientes, se repitió y encomendó la misma profesión y creencia⁵. Pronto el ejemplo de la Iglesia española fué el fermento que sazónó las de la Galia y de la Germania, que abrazaron el *Filioque* á fines del siglo viii⁶. La Iglesia romana parece que no introdujo la adición de esta augusta voz hasta mediados del siglo ix. Por manera que la nación española puede preciarse de haber sido la primera de todo el Occidente, que admitió y pregonó toda su amplitud y extensión el soberano misterio de la inefable Trinidad⁷.

Si, pues, Dios no hubiese tenido por bien revelarnos los arcanos de su vida interior, ignoraríamos qué hace en aquella su eterna bienaventuranza, qué piensa, qué dice, qué ama, cómo goza, de qué vive; y nuestra ruin naturaleza, sin esa ciencia que tanto la enaltece, sin participar de la maravillosa suavidad de estas clarísimas conveniencias, ¡qué vida tan misera y apocada pasaría! Dios, pues, por un exceso de bondad, que sobrepuja todo sentido y admiración y vence todo agradecimiento, ha querido hablarnos de su vida, decirnos quién es, cómo vive, de qué se constituye, qué relaciones tiene, qué palabras pronuncia, qué amor alimenta en el secreto de su pecho, cuáles son las correspondencias y consonancias de su vida personal y bienaventurada. En derramar su corazón en nuestra cortedad no se ha mostrado escaso, ni ha querido andar á medias palabras, sino que, traspasando los límites de nuestro flaco discurso, diósenos de mil amores á sí mismo: El Padre nos entregó á su unigénito Hijo, hizonos presente de su Verbo, y el Verbo encarnó por nosotros. Aquel Verbo substancial y pleneramente henchido de la divinidad, Dios como el Padre, rebosando vida divina, ha venido á tratar y conversar con los hombres, para prender en la tierra y arraigar en esta vida humana los principios de la vida que goza Dios en su eterna felicidad. Mas ¿con qué intento? Á fin de hacernos hijos del Excelso y ponernos en posesión de su propia bienaventuranza, para que, juntamente con las tres adorables Personas, todos los hombres, todos los ángeles y la naturaleza toda, mediante el Verbo humanado, compongan un cuerpo entero por infinitudes de siglos eternos.

Á este ideal camina el mundo inverso. En el principio de los tiempos crió Dios la materia elemental en es-

¹ Cap. xlviii, art. iii.

² PETAVIO: *De Trinit.*, l. ii, cap. vii.

³ LABRÉ: L. iii, p. 1465.

⁴ *Colección de Can. de la Igl. esp.*, por D. Juan Tejada y Ramiro, t. i, p. 230.—LABRÉ: T. v, p. 1000.

⁵ LABRÉ: T. v, p. 1741.

⁶ LABRÉ: T. vii, p. 994.

⁷ WINCEBURG, *Tracl. de Do uno et Trino*, 152, p. 437.

¹ De calo, lib. i, cap. 1.

² Lib. ix, *Symb.*, cap. iii.

tado de caos. Aquella inmensa nebulosidad, encendida por el soplo divino, fué dotada de inefable eficacia y enriquecida de firmísimas leyes con que salir de tinieblas, vestirse de claridad, ponerse arbolada y despertar con su vista el júbilo de los seres espirituales que acababan de salir á luz'. Aquel hermoso resplandor, subiendo de punto, remató en incendio universal: templóse la fragua, y al amor de su lumbré forjóse el reino inorgánico, el más imperfecto de todos; redondeóse nuestro globo, la atmósfera érale manto, las aguas lecho, la superficie lugar de descanso; mas no descansó. Entró luego la vida en el mundo; la más tosca la primera, figurada en un reino entero, el reino de los vegetales. La luz solar, que rayaba en medio del reino sidéreo alumbrando las esferas de todo el sistema, juntamente con la apacible luz de la luna, daba prisa y calor á la vida sensitiva representada en el reino animal, y fomentaba la propagación de una prodigiosa fauna, que debía presto perder el nombre y dar lugar á otra mucho más perfecta y acondicionada al servicio y conveniencia del hombre. Dispuestos los elementos, viene á la tierra el ser privilegiado á presidir la naturaleza sensible, á honrar con su vida racional la obra del Criador y á propagar el reino humano, siguiendo las trazas de la sabiduría infinita. Al hombre, sacándole Dios de la vileza de su ser natural, levántale al ser de la gracia, y hácele de siervo hijo y partícipe de su vida gloriosa. El primer hombre, esa vida sobrenatural, que por privilegio había recibido, por sus impías manos; desventurado! á sí propio se la quitó; pero le fué devuelta en la esperanza de su Reparador, que había de supositar la naturaleza humana en su Persona divina, á condición que el misero

trabajase por ganar el perdón de su culpa y granjear la alteza de hijo de Dios que primero había poseído.

Entretanto, en el mundo corpóreo resonó el golpe de la gran caída. Las cosas materiales, buenas en sí, por ser obras de Dios, quedaron en su manera contaminadas por la malicia del hombre y por la envidia de Lucifer. Los espíritus infernales infestaron todo el ámbito de lo criado; la tierra levantóse templos, los metales ornaron sus altares, los minerales se emplearon en su infame culto, las bestias y los frutos se consumieron en sus torpes sacrificios, montes y ríos, bosques y mares, fuentes y llanuras se vieron profanadas é inficionadas al contacto de la universal corrupción. ¿Qué más? El sol, la luna, planetas y astros del firmamento, primores del divino poder, fueron á un tiempo escarnecidos por las blasfemias del gentilismo, y hechos ídolos de corazones bajos y villanos: la creación cuan grande es, en una palabra, vió derrocada su hermosura por aquel aire violento y pestilencial, y puesto su lustre y perfección al servicio de la vanidad y de la malicia, y en lucha abierta con la voluntad de su Hacedor, llevando la bandera el pecado y la malignidad de los hombres'. No mirando la divina bondad con aquel favor especial de antes al hombre y á cuanto le rodeaba, quedó el mundo abandonado á las consecuencias que trajo consigo la prevaricación de su rey y dominador. Y así «los más sublimes y grandiosos espectáculos, las escenas maravillosas y las armonías incomparables del universo viéronse perturbadas por los dolores, ayes y miserias inenarrables de la humanidad, y por esa atmósfera horrible, en que las blasfemias del malvado, las lágrimas y arrepentimiento del penitente y las bendiciones de los justos;

¹ GUERTON: *L'homme relevé de la chute*, t. II, chap. XXI.

confunden los ecos, para hacer más evidentes las consecuencias de la prevaricación humana'.

Venida la plenitud de los tiempos, fué devuelto el mundo á su antiguo esplendor. La restauración comprendió ángeles, hombres y seres todos criados. El Verbo eterno, juntando consigo un espíritu criado en unidad de Persona, consagró la nobleza de todos los espíritus, y los alegró con las nuevas de la redención, y los beatificó con el fraternal abrazo de su divinidad. El hombre, lisiado en alma y cuerpo, fué consagrado en alma y cuerpo por la sangre del adorable Redentor, y hecho templo de Dios, hijo del Altísimo y heredero del cielo. La naturaleza material fué renovada y purificada por la presencia de la divinidad; aire, fuego, aguas, cumbres, astros, cielos, recibieron una suerte de bautismo en la sangre del Hombre-Dios, y quedaron admitidos y consagrados otra vez al culto del verdadero Dios y al engrandecimiento de su eterna majestad.

Desde entonces el hombre no se basta á sí mismo: no halla en sí arbitrios que le llenen las medidas del deseo, ni en el orden físico, ni en el intelectual, ni en el moral: todo le parece pequeño para sus alardes de grandeza: muérese de ansias de vivir, suspira por su ideal, todo se le va en querer ser feliz. Sabe que los ángeles gozan ya la bienaventuranza viendo á Dios cara á cara, y que el mismo galardón le aguarda á él si le procura con solitud. Sabe cierto que su Redentor vive, y espera en el postrero día volver á tomar la vida con inefable resplandor, vestidas sus heladas cenizas de dotes de gloria, y sus molidos huesos con ropaje de inmortalidad, y confía por sus propios ojos ver á su Salvador teniendo parte, cuerpo y alma, en aque-

lla bienaventurada vida. Sabe que las criaturas todas suspiran por un estado mejor, mal halladas con el rastrero de sus vidas y con las inquietudes de sus continuos vaivenes. Sabe que «las criaturas todas están esperando con vivas ansias la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas á la vanidad, no de su grado, sino por aquel que las sometió con esperanza; porque serán también ellas libertadas de la servidumbre de la corrupción á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están gemiendo y como con dolores de parto. Y no solamente ellas, mas también nosotros mismos que tenemos ya las primicias del Espíritu; aun nosotros suspiramos de lo íntimo del corazón, aguardando la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo'.

Todo esto sabe el hombre, por más que parezca ignorarlo: arrebatado de un instinto superior, atiende á la especulación, ejercita las ciencias, perfecciona las artes, señorea la materia, funda instituciones, acaudala conocimientos, y alzadas de continuo las manos á la figura del mundo que pasa, sigue como la sombra al cuerpo en pos del ideal perfecto á que sin cesar aspira. Todo el universo se afana por ir tras una perfección que le falta, anhelando con todas sus fuerzas por un engrandecimiento que sea su descanso y solaz.

Copiosamente expone este pensamiento D. Antonio Comellas y Cluet por estas graves palabras: «Todos los hombres somos hermanos, y nuestro Padre es el Padre celestial. Todos hemos sido criados por Dios á imagen y semejanza suya, como los hijos son una imagen de su padre; todos hemos sido regidos y gobernados por Dios, como los individuos de una familia están so-

¹ P. M. MIZ: *Harmonía*, cap. VIII.

² Rom., cap. VIII, 19-23.

medidos al gobierno solícito y amoroso de su padre. Y no sólo los hombres, sino los ángeles y los hombres juntamente, constituimos una gran familia que tiene por Padre al mismo Dios; porque á éste debemos el ser, de éste somos imagen, y por él estamos gobernados tanto los unos como los otros. La naturaleza pertenece también á esta gran familia, no porque sea hija de Dios, sino por ser morada é instrumento de los hijos de Dios. La naturaleza no tiene la dignidad de la filiación divina que tenemos nosotros, porque no es imagen de Dios... Pero la naturaleza es la habitación de los hombres y de los ángeles, y á unos y á otros suministra medios para su engrandecimiento. El hombre recibe de la naturaleza alimento corporal y encuentra en la misma un punto de partida para los diversos momentos de la ciencia y para su desarrollo moral. El ángel ha encontrado en la naturaleza ocasión de tener un conocimiento experimental más vasto de las obras de Dios, y se ha visto inducido á admirar y gozar la hermosura y bondad del divino Hacedor... Así, pues, el universo, ese gran todo compuesto de innumerable familia de los hijos de Dios (ya sean hombres, ya sean ángeles), y de la naturaleza (que les suministra habitación y medios ó instrumentos para su adelanto), está sometido al cetro de Dios, y por éste va dirigido á la perfección... Grandioso es el universo por la imponente unidad que mantiene enlazados á tantos millones de seres; y bellísimo por las corrientes de amor que se extienden de un confin á otro confin. Tal es el término final adonde enderezan sus tendencias todos los seres mundanos.

Á fin de dar feliz cumplimiento á esta afanosa aspiración bajó el Hijo de Dios

á la tierra, y nos habló de su Padre y de su soberano Espíritu: no le quedó traza por tentar á trueque de descubrir al mundo la grandeza, soberanía, atributos, relaciones y efectos de las tres divinas Personas de la augusta Trinidad, mayormente la noche antes de subir á la cruz y de consumar el sacrificio de la redención. Y para no dejar cosa que no hiciese en orden á descubrir al mundo los senos de su secretísima vida, instituyó en la Iglesia católica una cátedra, con privilegio exclusivo de interpretar y dictar á los fieles todo cuanto convenga al perfecto conocimiento de los misterios de la divinidad: cátedra que asentada sobre piedra firme, contra la cual ni ríos de errores, ni vientos de persecuciones, ni lluvias de crímenes, ni poderes infernales pueden prevalecer, siempre combatida, nunca vencida, tiene la llave y posee las arcas de los tesoros del Verbo, y hace por la verdad divina cuantos esfuerzos cabe imaginar, llevando adelante la santificación de los hombres á costa de cualquier sacrificio.

Bien lo vemos. No bien hubo ascendido León XIII á la majesdad del solio pontificio, como tendiese su vista de águila por el universo católico, y reparase cuán turbados trae los pueblos la falsa ciencia, acometió la empresa de una cruzada intelectual en razón de combatir los sofismas del error, y de señalar los manantiales de donde dimana la verdadera sabiduría. Para dar afortunada cima á este designio, sin mellar un punto la entereza de la verdad, después de hacer patentes los desastres del naturalismo, causa principal de tantos males, trató de poner remedio batiendo en ruina este enemigo del orden sobrenatural con Letras Encíclicas llenas de consoladora doctrina. La base en que ha de estribar todo orden es la autoridad de la Iglesia; León XIII avivó y despertó su

¹ *Demostración de la armonía entre la religión católica y la ciencia*, 1880, parte 1.ª, sección 2.ª, cap. iv.

amor en los pechos católicos: las teorías socialistas hacían tala en el campo de los fieles; León XIII las condenó y anatematizó, oponiendo á sus pestilentes errores el fin sobrenatural de los hombres: la ciencia superficial con calumnias y traterías desacreditaba la verdad religiosa; León XIII puso en su punto la filosofía católica, dándole por guía á santo Tomás de Aquino: la sociedad doméstica se desviaba del recto camino; León XIII ofrecióle abonada fianza de seguridad en el matrimonio cristiano: la sociedad civil corría inminente peligro de ruina; León XIII paró el golpe, autorizando sus derechos y recordando sus deberes: las sociedades secretas traían sobresaltada la paz de los Estados; León XIII miró por el bienestar común, apellidando á las armas contra ellas: la libertad política atropellaba el bien social y desfloraba el vigor de las sagradas instituciones; León XIII fijó los límites entre la autoridad y la libertad, atajando los abusos del poder civil: los liberales con voz de libertad ponían sin tiento las manos en lo sagrado, atreviéndose á la autoridad eclesiástica, corrían sin freno por el campo del error, corrompiéndose la masa del pueblo por esta ponzoñosa levadura; León XIII sube otra vez al trono de su soberanía, insiste en declarar el verdadero concepto de libertad, quita la máscara al corriente liberalismo y le reprueba y baldona, ensanchando el ánimo de los verdaderos católicos: para que todos viesan con entera claridad cuál era el camino seguro, y en los trastornos políticos que nos afligen supiéramos qué partido tomar, se-

ñala el beatísimo Padre distintamente los deberes de los cristianos respecto del orden social: la clase obrera se despeñaba por la pendiente de una mal entendida libertad; y la paternal solicitud de León XIII le dicta reglas de cristiana justicia, y á los gobiernos y señores las obligaciones y conducta que con los jornaleros han de guardar: en una palabra, siempre los Romanos Pontífices se han opuesto frente por frente al triunfo del error, á la licencia del vicio, velando y volviendo por la incolumidad de los hijos de Dios.

Por medio de la Iglesia católica el Hijo de Dios comunica á la tierra la posesión de su substancia y santifica las almas con la unción del Espíritu Santo. ¡Tanta es la copia que ha querido hacer Dios de sí á los mortales! Así son hechos hijos del Excelso por adopción verdaderamente, recibiendo comunicada la naturaleza divina; y siendo hijos, son luego herederos del reino celeste y dignos de reinar en su trono, y de que les quepa en suerte la vida bienaventurada. Y ellos, guiados por el espíritu, dando muerte con el espíritu á las obras de la carne, sembrando en espíritu, combatiendo con armas de luz, viviendo vida de fe escondida con Cristo en Dios, yendo en pos de la incorruptibilidad, vienen á conseguir la vida eterna, donde beben finalmente y se hartan sin cansancio y con plenitud en la fuente perennal de la vida, que es Dios.

«Réstale al pueblo de Dios un sabatismo», clamaba san Pablo: no aquel instituido por Moisés para descanso del humano trabajo en memoria de las obras de la Creación, ni tampoco aquel sabatismo frívolo de los pasatiempos de acá; sino el del reino de los cielos en el seno de la gran familia. Este es el sabatismo de Dios. La humanidad,

¹ 10 Enero 1890.

² *Rerum novarum*, 25 Mayo 1891.

³ Hebr., iv, 3.

¹ *Inscrutabili Dei consilio*, 21 Abr. 1878.

² *Quod apostolice inuenerit*, 21 Dic. 1878.

³ *Æterni Patris*, 4 Agosto 1879.

⁴ *Arcanum divina sapientie*, 10 Febr. 1880.

⁵ *Diatrumum illud*, 20 Junio 1881.

⁶ *Humarum genus*, 20 Abril 1884.

⁷ *Immortale Dei*, 1.º Nov. 1885.

⁸ *Encycl. Libertas*, 20 Jun. 1888.

salida de las manos y boca de Jehová, tornará finalmente al corazón de Dios; emanada del no ser, volverá á la suma realidad. La vida camina á la muerte, la muerte espera la inmortalidad, la inmortalidad tiene su remate en el restablecimiento universal. Día vendrá en que esta creación, tan llena de maravillas, sea en los labios de los escogidos himno de gloria á la bondad del Sumo Hacedor¹.

Entonces todas las cosas presentes serán renovadas. Este primer cielo, esta primera tierra, este mar y las cosas que ahora vemos, se desvanecerán de nuestros ojos, y resplandecerá una segunda creación, un cielo nuevo, una tierra nueva. Entre estas dos creaciones se encierra toda la Escritura: entrambas comprenden del uno al otro cabo toda la obra de Dios. La primera creación encabeza el primer libro; la segunda corona el último² con pasmosa consonancia. En la nueva universalidad de bienes infinitos no habrá sol ni luna, porque la claridad de Dios iluminará, y la lumbrera será el Cordeiro³. En aquel nuevo paraíso, el árbol de la vida, plantado á las orillas del río que tiene su nacimiento en el trono de Dios, conservará con la virtud de sus hojas y frutos en fresca y lozana la inmortalidad de las gentes por años sin fin⁴. No habrá noche, porque la luz de Dios esclarecerá á los inmortales⁵ y llenará de bienandanza el reino de los cielos. En la vida de Dios, como en fuente inagotable, apagarán su sed los que la tienen de felicidad, y serán colmados sus deseos cumplidísimamente, gozando de la vista clara de Dios⁶.

«¡Oh admirable divinidad, cuán admirable vida tienes! Toda está llena de gozos, que no te costaron trabajo; llena de gusto, sin contrapeso de peli-

¹ Hebr., iv, 3.

² Apoc., xxi, 1, 5. — ³ Ibid., xxi, 23. — ⁴ Ibid., xxi, 1, 2. — ⁵ Ibid., 5. — ⁶ Ibid., xx, 1, 6.

gros; llena de suavidad, sin riesgo de penas; llena de bienes, sin experiencia de algún mal. Todo eres dulzura, todo paz, todo descanso, todo gusto, todo vida, todo bien y todo bienaventuranza, todo vida bienaventurada y beatificadora, y todo vida mía. Con razón te engrandecen tus Escrituras con llamarte Dios vivo; porque respecto de tu vida, cualquier otra vida no lo parece, y sin la tuya nada vive. Tu vida es verdadera y vitalísima, vida causadora de todas las vidas. Vivid, vivid, Dios mío, pues me importa á mí más que el vivir; impórtame el ser, impórtame el alma, impórtame el cuerpo, impórtame la salvación. Vivid, vivid, vida mía, pues importa tu vida más que la mía y de todas las criaturas. Huélgome, y el corazón se me salta de placer, que tengas por esencia y necesidad de tu ser lo que debía ser deseo de todo ser y diligencia de todas las naturalezas. Huélgome que por esencia tengas el vivir eternamente, pues por tu vida debíamos dar todas las nuestras, que de ella dependen. ¡Viva, viva Dios tan bueno!, y todos los ángeles digan: ¡viva! Aclámenle todas las naturalezas. Decid, elementos, decid: ¡viva Dios tan poderoso! Decid, plantas y prados, decid: ¡viva Dios tan suave! Decid, peces; decid, aves; decid, animales, decid: ¡viva Dios tan sabio! Decid, cielos; decid, estrellas; decid, planetas: ¡viva Dios tan hermoso! Decid, hombres, decid: ¡viva Dios tan misericordioso! Decid, espíritus soberanos, decid á voces, decid: ¡viva Dios tan grandioso, viva Dios tan liberal, viva Dios tan inmenso! Decid á una, elementos, plantas, peces, aves, animales, cielos, hombres y ángeles, decid: ¡viva Dios tan bueno, viva Dios tan admirable, viva Dios vivo, viva Dios eterno, viva Dios bienaventurado, viva un Dios que es causa de todas las vidas! De él procede toda la vida de la naturaleza,

de él mana toda vida de gracia, de él sale toda vida de gloria. ¡Viva Dios, en quien viven todas las vidas! ¡Oh clarísima fuente de vida, cuya redundancia vital es una infinita plenitud de todo vivir! ¡Oh Dios mío y vida mía!, hermosa la vida de mi naturaleza con la vida de tu gracia, y á la

vida de gracia perficónala en mí con la vida de gloria: resucita mi espíritu, vivifica siempre mi alma con tus dones y gracias, para que viva sólo para ti y en ti¹.

¹ P. JUAN EUSSEBIO NIEREMBERG. : *De la Heremista de Dios*, l. II, cap. XII, III.





CAPÍTULO LII.

CONCLUSIÓN DE LA OBRA.

ARTÍCULO I.

El dogma de la creación es el fundamento de las ciencias naturales.—El racionalismo y el materialismo son insuficientes para levantar el edificio de la ciencia.—La doctrina de los positivistas y monistas consiste en meras negaciones.—Los amigos de la evolución y del progreso indefinido.—Todos estos errores, por haber negado la creación, han villipendiado la filosofía, y traído espantoso desorden.

La vida sobresubstancial de Dios, coronamiento de las vidas criadas, brota y consta clarísimamente de las divinas Escrituras. El Hexámeron, en especial, desplegando á nuestros ojos los grandes sucesos de los reinos naturales y las energías de las cosas, nos hace que formemos un alto concepto de la vida del Criador; no es posible leer este capítulo, y no sentirse el ánimo espantado y enternecido, lleno de asombro y de humilde reconocimiento. Porque Dios, en su calidad de Criador, no es un ser indiferente á las cosas criadas, no es un artífice sin relaciones con el artefacto, no es un señor extraño al trato de sus vasallos. No: Dios, por medio de la creación, ha instituido con las criaturas correspondencias íntimas y esenciales, tan secretas y apretadas, que no hay en lo criado semejanza de estas comunicaciones. Ser, vivir, vivir eternamente, ¿quién vadeará con el pensamiento la grandeza de estas comunicaciones?

Porque de tres maneras dependen del

Ser Supremo las criaturas. Él es respecto de ellas causa eféctriz, ejemplar y final. Primeramente, las criaturas son obra de la divina omnipotencia: Dios, no sólo hizo de nada toda la substancia de cada ser, pero á cada substancia añadió los atavíos que la ponen hermosa y en su perfección; y así las cosas criadas miran á Dios intrínseca y esencialmente; sin esa dependencia, ¿cómo pudieran ser concebidas y declaradas? Lo segundo, Dios es su causa ejemplar: son ellas unos como reflejos de las divinas perfecciones, y las remedan y representan cuanto más al propio pueden, cada una en su manera, con viveza y perfección. El mundo universo, ¿qué otra cosa es sino un pregonero de las excelencias del Criador, un libro patente en que se leen los atributos de la divinidad, un espejo purísimo en que se reven y remiran los pensamientos del soberano sol, cuyos rayos, con atención considerados, dan clara noticia del infinito y no comparable Autor que todo lo crió? Últimamente, es causa final de las criaturas, porque todas fueron hechas para su gloria: con tanto artificio están trabados y compuestos entre sí los reinos naturales, que el mineral sirve al vegetal, éste se ordena al animal, éste mira al humano, y el humano y espiritual á conocer, alabar, amar eternamente al Criador¹.

¹ LESSIUS: *De Perfect. div.*, l. xii, c. xiv.

De aquí se sigue estar el Hexámeron poseído de singular majestad; porque pone á nuestra vista los designios del Hacedor con ordenada conveniencia, comenzando por el reino más elemental y abatido, pasando al vegetal, que es menos tosco, subiendo al animal como á más noble, y rematando en el hombre, en cuya dignidad descansa y termina la obra de Dios, según aquello de Pascal: «Todos los cuerpos, el firmamento, la tierra y los reinos no valen tanto como el mundo de las almas; porque éstas lo conocen todo y á sí mismas; y los cuerpos nada.» Y antes se le había amanecido al ingenio de Aristóteles este pensamiento: «La naturaleza corpórea, por grande que sea su valor, es más abatida que el hombre por razón del entendimiento.» Quedáronse cortos estos autores, pudiendo haber añadido, que el hombre sobrepuja y hace infinitas ventajas á todo el resto del mundo corpóreo, por contener en sí con eminencia todas cuantas perfecciones hay esparcidas en las criaturas sensibles, por infinitas que fuesen.

Por esta causa la primera página del Génesis pesa tanto más á los ojos de la sana razón que todos los volúmenes de los filósofos y naturalistas, cuanto que es fundamento de nuestras relaciones con Dios, y nos da á conocer la condición de su omnipotencia y amor con más plenitud que otra ninguna cosmogonía. ¿Quién cotejará este primer capítulo con todas las obras de la filosofía pagana, que no quede admirado de la distancia inmensa que de uno á otro va?

Todos los sagrados libros asientan por principio la creencia en un Dios Criador; mayormente los Salmos y los Sapienciales², representan con vivisi-

¹ Pens., II, art. x.

² *Metaphys.*, l. iv, 6.

³ Psal. xxxii, lxxxviii, cxlviii; Eclij. xvii, xviii, xxx.

mas descripciones la magnificencia de las obras divinas encerradas en el Hexámeron. Esto denota que, deseando Dios enseñar á los hombres y señalarles con el dedo el fundamento que debían poner si querían alzar con provecho el edificio de la ciencia, dispuso con soberano acuerdo que á cada página refrescasen los autores inspirados la memoria del Dios Criador, que fuera apoyo á los sabios en sus especulaciones científicas, y consuelo á los ignorantes en las tinieblas de su cortedad. No acertaron los judíos á levantar monumentos de saber: no era ese su ministerio. Destinados á mantener vivas las antiguas tradiciones, y á figurar y dar á luz la gloria del futuro Mesías, bastábase tener á la vista los prodigios del divino poder; para nosotros, que somos más felices que ellos, estaba reservada tan incomparable dicha.

Pues como la noción de Dios Criador deba ser el principio fundamental de toda ciencia, aquellos que destierran á Dios del mundo, ó que excluyen su noticia del santuario del humano saber, no pueden sino poner su propia razón por fundamento de las leyes que rigen el mundo, y afianzar en sí mismos el por qué de todo cuanto los rodea. Este es el racionalismo que hace tiempo roe las entrañas de la moderna Alemania y extiende su ponzoña por las comarcas de Europa. No es menos feroz el materialismo, que tras de celebrar la existencia de Dios, la perverte luego en el cultivo de la ciencia; cultivo sin principios, sin otras leyes que las de la materia, sin más apoyo que el movimiento local. De aquí no es de maravillar que Moteschott condene por errónea la hipótesis que defiende estar la naturaleza sabiamente ordenada. Quien niega el orden natural de las cosas, ¿qué presume sino despedirse

¹ La *circulation et la vie*, lettre xvii.

de la existencia ó de la ordenanza del Supremo Hacedor? Y negada la disposición y orden del mundo, ¿no se vendrá al suelo el concierto de las fuerzas del universo? ¿Qué es el concierto sino la unidad causada en la multitud?

La ciencia positivista, siguiendo su instinto empírico, hincados en la materia los ojos y mirándose á las manos de continuo, emplea sus aceros en especular las propiedades inmediatas de los cuerpos, no las fuerzas íntimas que los armonizan y constituyen. Así Augusto Comte juzga «propio de gente ajena de estudio científico, entender en averiguar qué fuerza traba la armonía de los astros, qué cosa es la gravedad de los cuerpos terrestres». Errada censura: porque ya que no se logre descubrir la índole de la gravitación, el mismo ardor por descubrirla es caminar á nuevos descubrimientos, como lo testifica la experiencia de tres siglos. Frutos amargos de la negación del Supremo Criador, son otros tantos clamores con que el positivismo lastima nuestros oídos. La constancia de las leyes físicas nadie dirá que sea absolutamente necesaria y que no puedan existir otros mundos gobernados por leyes diversas. Pero los positivistas claman sin cesar que la constancia de las leyes naturales es base deleznable, que no puede servir á la solidez de las ciencias. ¿Qué sería de la química, de la mecánica, de la astronomía, si sus leyes padeciesen alteraciones incessantes? ¿Qué sería de los acuerdos de Dios? ¿Quién, pues, acogerá benigno los dichos de los positivistas cuando porfían que los sucesos que tienen lugar en astros desconocidos, se realizan sin ley fija y por acaso? Los patrones de esta doctrina claramente se ve que, parando sólo en apariencias, tienen el mundo por amontonamiento

¹ Cours de phil. positive, t. II, leçon XXIV.
² Littré: Journal des débats, 6 Février 1866.
³ H. TAYLOR: Le Positivisme anglais, p. 102.

de hechos exento de trabazón, y le consideran cual cúmulo de cosas accidentales, sin substancia ni solidez, sin causa ni razón suficiente. Y siendo así, como quiera que sin la hermosura de la unidad, sin el encanto de la armonía, sin el vigor de la constancia, sin la eficiencia de la causalidad, no sean posibles ni leyes que merezcan el nombre de tales, ni naturalezas que obren eficazmente, ni efectos que puedan ser explicados, ¿qué linaje de edificio podrá levantarse sobre tan livianos cimientos? ¿Cómo se podrá fundar ciencia que indague las causas últimas de las cosas?

Una de las más graves posiciones del monismo es la que despoja la materia de su inercia, y la atavía con la virtud de obrar de por sí. La inercia de la materia es la base de las ciencias experimentales. Dotarla de facultades psíquicas y de propiedades activas, no es sino meter en las ciencias una espantosa confusión. Mas el afán de hacer de la física y de la fisiología un solo ramo gobernado por unas leyes, ha traído á los monistas al extremo de pensar que la materia, de ruda y muerta se vuelve organismo vivo, mediante fáciles trueques, y que los seres animados no son más que materia tosca llegada por sí á sazón: y de ahí el colegir luego que el animal es, ni más ni menos, un pelotón de materia sujeta á leyes físicas; y por el mismo hilo sacan á pocos lances que también las facultades todas del hombre se reducen á propiedades de la substancia cerebral, á concreciones raquídeas, y los pensamientos y querer á excreciones de materia. Por este derrotero han echado muchos que pasan plaza de grandes ingenios en ciencias físicas y naturales.

Cuando Tyndall definía la materia diciendo ser «la aurora y el poder de todas las formas y de todas las cualidades de la vida», ¿qué otra cosa ha-

¹ Revue scientifique, 1874, 19 Sept.

cia sino quitar á la materia su inercia y adornarla de un poderío oculto y milagroso? Más paladinamente declaró este desolador concepto, diciendo: «Remontando el pensamiento sobre toda demostración experimental, yo descubro en la materia la promesa y el poder de engendrar toda vida.» Es verdad que en el mismo discurso de Belfast, tuvo la destreza de simular que corregía su dicho, cuando daba por asentado el origen de la vida fuera de los dominios de la materia; pero el dañado intento que llevaba de dar á beber á la juventud católica de Irlanda con más disimulo el veneno del materialismo ateo fué quien le enseñó tan manosa traza: porque con el achaque de esa simulación, no dejó cosa en su asiento, ni verdad filosófica que no atropellase, ni artículo de fe que no mordiese, ni dogma venerando que no conculcase, remitiendo á los resplandores del porvenir la comprobación de todo cuanto decía. El materialismo hizo resonar su clarín por toda la redondez de la tierra, poniendo sobre las nubes el discurso de Tyndall. «Este discurso, repetía un periódico americano, demuestra estar muy vecino el escobazo que la ciencia ha de dar á los últimos escombros de los dogmas religiosos... Ahora conviene poner por el suelo y barrer la diferencia entre el alma y el cuerpo, la inmortalidad personal del hombre, su excelencia sobre las cosas naturales y todo cuanto estos dogmas traen consigo.»

No de otra manera discurría Carlos Vogt en sus *Cartas fisiológicas*, haciendo gala de vil materialismo y estableciendo que entre cuerpos orgánicos é inorgánicos no hay más que trasiago incesante de materia. Con igual desenfado escribía el sensualista Moleschott: «Uno de los más comunes atributos de la materia es poder, en casos favorables, ponerse en movimiento

de por sí.» Pero como á M. Du Bois-Reymond, libre pensador alemán, en un discurso pronunciado en 1875 en la Asociación de Naturalistas alemanes, le faltase pecho valeroso para confesar que basta el encéfalo para declarar todos los fenómenos del entendimiento, pues la experiencia y el discurso de la razón se lo disuadian, pareció ser la mejor respuesta á esta perplejidad nuestra total ignorancia, y así dijo: «Sobre la cuestión qué es la fuerza y la materia y cómo engendran el pensamiento, más vale resignarnos al dicho común: lo ignoramos.» De esta total ignorancia no se empachaba Virchow, antes lá confesaba sin rodeos, cuando escribía: «El naturalista tiene únicamente noticia de los cuerpos y de sus propiedades; lo demás es para él trascendental, y lo trascendental es á sus ojos una aberración del espíritu.» Y en el Congreso de Rostock, en 1872, declaraba guerra á toda noción filosófica y teológica, á todo resabio de religión. «No hay conveniencia posible, decía, entre los hombres que, abastecidos de observaciones, consideran los cuerpos celestes en vía de evolución perpetua, y entre los que se representan el cielo como una región toda azul y poblada de seres imaginarios.» En el mismo sentir hablan otros sensualistas, copiando los dichos de Locke, Condillac, De la Mettrie, La Haye, Holbach y de otros corifeos de la filosofía imprudente del siglo pasado. No sin razón dibujó san Agustín el ingenio de estos escritores en estas palabras: «El hombre material toma la experiencia sensible por medida de sus conocimientos.»

Contra la doctrina de la creación pretendió también alzar bandera la doctrina de la fatal evolución; y por

¹ La circula. de la vie, lettre XXV.

² Archib. pour les études pathol., II, p. 9.

³ Serm. 242, in Pascha.

⁴ НАЧКВЛ: Revue scientifique, 2 dec. 1882.

una parte Haëckel quiso tirar la cuerda y fingir cómo los átomos materiales, en la hipótesis de Darwin, llegaron á formar la hermosa del universo sin intervención de otro artífice; y por otra, el crítico Strauss no tenía vocablos con que significar que Darwin había dado con una fuerza excelentísima, capaz de suplir y suplantarse la omnipotencia de Dios. Hemos visto en capítulos antecedentes cuán deleznable, accidental y engañosa es la base del transformismo, no tan sólo para explicar la fundación y crecimiento del reino orgánico, mas también para la generación del reino inorgánico y sidéreo; ¿con qué apariencia de verdad se dice, pues, que una ley imaginada por Darwin, una ley que obra sin orden ni disposición, falta de fin, ajena de dirección, sin razón de ser, reemplaza la creación, hurta el cuerpo á la causa primera, excusa la acción de la divinidad? Verdaderamente, los que cierran los ojos á la obra de Dios caen lastimosamente en lo más ridículo del absurdo.

Vienen á la postre los amigos del progreso: niegan la obra de Dios, porque les parece que las criaturas todas se perfeccionan por grados, caminando de bien en mejor y corriendo por una serie infinita de creaciones hasta la más perfecta, que será el coronamiento de todas. Y pues las cosas son las que por sí mismas se transforman y salen fuera de sí para transportarse á más alta perfección, fuerza es que se aventajen al Criador y puedan infinitamente más que él. Así se enredan en este laberinto, sin atinar con la salida, los que echan á Dios del teatro del mundo. ¿Qué ciencia puede nacer de la consideración de las cosas sensibles, que no sea desdichada y muy vana? Sin la noción del espíritu, con la sola percepción de la materia, ¿que con-

ceptos universales podrá el hombre alcanzar? Sin la noticia del Criador, ¿qué leyes establecer? ¿Ni qué orden divisar? ¿Ni qué unidad descubrir? ¿Ni qué verdad proclamar? Si no cuenta con estos elementos, ¿de qué se compone la ciencia? ¿Qué hombre se preciará de poseerla?

La desgracia más deplorable que podía sobrevenir á nuestro siglo es el estudio de los que se apellidan *sabios*, por emancipar las ciencias naturales del saludable influjo de la filosofía. Entre los cultivadores de las ciencias racionales y los especuladores de las experimentales se ha encendido una lucha tan encarnizada, que no pudiera ser mayor si entrambas fueran irreconciliables. Oigamos á M. E. Joly, uno de los amigos de la conciliación. «He aquí adónde llega en nuestros días la filosofía experimental, ó, como dicen, la psicología comparada, que todavía está en la cuna. La filosofía, tal como se enseñó hasta el presente, ¿tendrá valor para alargarle la mano en su fatal camino, por más que parezca fecundo en aventuras? ¿O acaso, rehusando estipular pacto con su joven hermana, se dejará sujetar por ella hasta el punto de perder su autonomía y la autoridad que gozaba en los tiempos de la Escolástica? La verdad es que hace años, la filosofía experimental tiende á deslustrar el oficio de la filosofía especulativa y á usurparle el imperio intelectual y moral que parecía tocarle exclusivamente. ¿Es esto un bien? ¿Es un mal? El tiempo lo dirá. Yo firmemente creo que en el día de hoy, sería provechosísima á entrambas á la vez una alianza estrecha y franca: por ella suspiro yo con todas mis ansias.»

Cuán de otra manera discurría Claudio Bernard. «Para hallar la verdad, decía, bástale al sabio ponerse en el

acatamiento de la naturaleza y hacerle preguntas por el método experimental y con auxilio de los medios de investigación más perfectos. Yo juzgo que entonces el mejor sistema filosófico es no tener ninguno.» Ni es esto lo más doloroso. Ponen los modernos su ahinco en hacernos creer que del menoscabo de la filosofía nos viene llovido el beneficio de los adelantamientos científicos, y que cuanto más divorciada viva de la metafísica la ciencia experimental, más ciertos y duraderos serán sus triunfos. ¿Quién no ve, por lo tanto, cuánta ruina amenaza á la verdadera ciencia si por este camino han de seguir los *sabios* modernos?

Y ¡justo castigo de Dios! la filosofía, que profesaba y señalaba antes las relaciones esenciales entre la criatura y el Criador, poco á poco se fué cansando de asistir en calidad de sierva á la sagrada Teología, y deshecha en deseos de libertad alzóse con el título de señora, tratóse como independiente, y aun osó echar en cara á la Teología su teocrática opresión. ¡Justo castigo de Dios! La filosofía, después de sacudir el yugo de la religión, ella que por tantos siglos había llevado el cetro sin rivales, acariciada aun por los chusma materialista y tratada por los ateos de fantástica y presumida. Era la mayor miseria y afrenta que á la filosofía le podía alcanzar. Porque los monistas, los mecánicos, los positivistas, los materialistas y la caterva de empíricos, cerrando con todas las nociones que trascienden el territorio sensible, han decretado no recibir ni estimar idea ninguna de causa, substancia, fin, verdad, principio, ser, que no se les entre por los ojos, que no

halague los sentidos, que no se contenga en los cortos límites de lo corporal y visible.

Para salir á cabo con su intento, arrebatados por no sé qué espíritu de vértigo, desechado todo otro estudio, trabajan sin darse manos en el campo de la naturaleza material; los ingenios que hace poco holgaban de extender las alas y de espaciarse por la región de la historia, de la crítica, de la filología, de la erudición, de la estética, ya no reparan en abatirse á huesos descarnados, consumen su vida en cavernas de fósiles, sustentan su admisión en simas impenetrables, convierten su afición á los misterios de la biología, ocupan sus potencias en los arcanos de la fisiología, el escrutinio de la química orgánica arrebatada y lleva tras sí todas sus ansias; por este nuevo estudio buscan minas y contraminas con que mover guerra á la metafísica y á la religión sobrenatural. Cansados y hartos de ver cuán mal les iba con su crítica histórica, con su exégesis racionalista, con su lingüística comparada, arrollados y vencidos en este campo por las armas de la teología y filosofía, han solicitado favor de las ciencias experimentales y asentado en ellas sus trincherones de defensa y los baluartes de destrucción. «La ciencia natural, clamaba el desvariado Strauss, ha abierto la brecha, por donde una posteridad más afortunada que nosotros deberá acabar por siempre jamás con el orden sobrenatural.» Viendo en armas esta conjuración, exclamaba el marqués de Nadaillac, temeroso y asombrado: «En el estado de turbación en que vive la sociedad moderna, en medio del desorden de ideas que nos aflige, la ciencia se ha vuelto más dogmatizadora, más imperiosa que lo fué la religión. Millares de alumnos tiene que hablan con énfasis

1 Introd. à l'étude de la médecine expérimentale, III, chap. IV.

2 L'ancien et la nouvelle loi, § 54.

1 L'ancienne et la nouvelle loi, p. 162.

2 M. Joly: Revue scientifique, 1876, p. 605.

de la ciencia moderna, sin á veces saber de ella *a b c*. Digo mal: les han enseñado que la ciencia moderna es la negación de la Creación, la negación del Criador, y admiten sin acuerdo, y aplauden sin prudencia todo aquello que va enderezado á tener por hipótesis improbable la acción divina.¹

Muy significativas son las palabras con que el ingenioso escritor William Hurrell Mallock pinta la obra de zapa de los nuevos exterminadores. «La creencia en Dios y en el orden sobrenatural, no tan sólo se ha puesto en disputa en nuestros días, pero se ve en cierta manera aniquilada por la acción devastadora de la ciencia. En el día de hoy se califica de dudoso todo cuanto no se demuestra experimentalmente... Las formas de incredulidad que hoy trabajan no harán á medias su obra: ó se harán potentísimas, ó serán aniquiladas. Los hombres que la promueven, forman concepto que saldrán con ello, y la gente que nos rodea empieza ya á creérselo así.²» Estremécese la mano de pavor al trasladar estas no menos enfáticas voces de otro escritor citado por el mismo Mallock. «Jamás, dice, calamidad más espantable ha invadido los dominios del linaje humano: nunca en la historia del hombre se cuenta desgracia mayor que la que pueden antever desde ahora los que miran al porvenir: ella adelanta como una borrasca preñada de exterminio, incontrastable por su pujanza, asolando nuestras más caras esperanzas, pervirtiendo nuestras más preciadas creencias y sepultando debajo de sus olas nuestras vidas en imponderable desolación.»

He aquí cómo nuestro Donoso Cortés anunciaba más ha de treinta años el plan de los amigos del progreso, enemigos mortales de la Creación:

¹ L'origine et le développement de la vie sur le globe, p. 55.

² *The Live worth living?* p. 212.

«Realizar en este bajo suelo el bello ideal de una perfección absoluta: aquí tienen su origen todas esas aspiraciones voraces é insensatas de los hombres turbulentos, y todas esas deslumbradoras utopías que ensordecen el mundo como cimbalos huecos y resonantes. La escuela liberal, compuesta de trabajadores flojos, ha tomado para sí, en la obra común, el encargo de pulimentar los gobiernos. Las escuelas socialistas, compuestas de obreros intrépidos é infatigables, sabiendo que el reino de Dios padece fuerza, han resuelto hacer irrupción en él tomándolo por asalto. Cuando ese gran día se levante, todo se transfigurará en la tierra, y en el cielo, y en los infiernos; el Dios católico, que en esta gran tragedia del mundo representa el papel del tirano, será reducido á prisiones; el antiguo dragón, ahorrado hoy con cadenas, subirá á lo alto, iluminando los nuevos horizontes con los resplandores y cambiantes de sus sonoras escamas: el primero es el mal, vencedor del bien en los tiempos paradisiacos; el segundo es el bien, que prevalecerá sobre el mal en las edades socialistas. Por lo que hace á la tierra, será transfigurada en aquella nueva Jerusalén, de que han tenido una vaga noticia todas las gentes, cuyos muros espléndidos estarán asentados en piedras preciosas.¹»

Faltarían á la pluma vocablos para los sentimientos del alma, y fuera más conveniente venerar en alto silencio los secretos juicios de Dios, si no nos pusiésemos á considerar que este desorden y maldad de nuestros tiempos es la última fase del humano envilecimiento. Los protestantes, desechada la autoridad de la santa Iglesia, tuvieron respeto á la Biblia. Los deístas del siglo pasado, menospreciada la autoridad de la Biblia, guardaron res-

¹ T. III, *Bosquejos histórico-filosóficos*, 7.º, p. 415.

peto á Dios. Empero los positivistas del siglo presente, dejada aparte la autoridad de Dios, trataron con respeto y divinizaron la materia; y los monistas de estos últimos años ya no guardan términos ni respeto sino con lo que se les entra por las puertas de los sentidos. «En el día de hoy, decía el P. Causette, toda la filosofía se ha perdido y engolfado en la historia natural, y la historia natural ha venido á parar á una blasfemia universal.¹» Esta es la civilización que corre y cunde por nuestra infeliz Europa. Y como es incomprendible sobre toda comprensión que pueda el hombre de letras llegar á más profunda bajeza, y como los negadores de la creación y mofadores de toda autoridad no hacen más que dar vueltas, vendados los ojos, repitiendo las mismas necedades en torno de su estúpidez; fundadamente juzgamos que este estado de abyección pasará presto, como pasa un público azote, y que amanecerán días alegres, en que la verdad de la creación y la autoridad del Hexámero sea acatada, loada y fervorosamente defendida por los naturalistas más eminentes y más extraños á la fe.

ARTÍCULO II.

Los fundadores y propagadores de las ciencias modernas estribarón en el dogma de la creación.—Cítanse los dichos de los principales sabios de los tres últimos siglos.

RECRÉASE y cobra fuerzas nuestra confianza considerando cuán diferente camino siguieron los sabios de ilustre linaje, y los fundadores y corifeos de las modernas ciencias; y aquí se nos abre un nuevo horizonte que con serena claridad excluye miedos y promete parabienes. De tres siglos á esta parte no son pocos, sino muchísimos, los que han tomado por

¹ *Le Bon sens de la foi*, 1872, 2.ª partie, livre III, chap. II.

fundamento de sus investigaciones científicas la unidad de Dios y la creación de las cosas, y, por consiguiente, la diferencia entre el espíritu y la materia, entre el Criador y la criatura. Sobre este presupuesto, cuerdamente filosofando, y tenida cuenta con los hechos que la experiencia sensible les ponía á la vista, caminaron derechos á la luz de la verdad, y fundaron las ciencias que tanto enaltecen la dignidad humana: porque, no andándose por las ramas, como los recientes enemigos de la creación, sino acudiendo á la raíz de toda sabiduría, lograron, regándola y beneficiándola, hacer brotar copiosos ramos, recoger sabrosos frutos, y traer á feliz término los desvelos de su estudio. Como no queremos hablar á bulto, sino tasada y terminantemente, será razón, para poner esfuerzo en los corazones flacos, trasladar aquí los sentimientos de tan excelentes varones, con que queden quebrantadas y por el suelo las fuerzas enemigas.

Copérnico, sabio de primer orden, se fundaba en la sabiduría del Criador para establecer los movimientos armoniosos de las esferas. «El mundo, decía, ha sido criado por el más perfecto y regular de todos los artifices.¹»

—Arrebatado Kepiero de admiración, y engolfado en la contemplación de las maravillas celestes, exclamaba: «Bienaventurados aquellos á quienes es dado levantarse á los cielos: allí aprenden á tener en poco lo que les parecía precioso, y á poner por cima de todo las obras de Dios: allí hallan en su consideración verdadero gozo y alegría real... Gracias te doy, Señor, porque has permitido que yo me goce y extasie en la meditación de las obras de tus manos... ¡Cuán inmenso es nuestro Señor! Cielo, sol, luna, planetas, celebrad su gloria con las lenguas de

¹ *De revol. orb. celest.*: Prefat.

vuestras naturalezas... Cantadle loores, armonías celestes... y tú, alma mía, entona himnos á la gloria del Eterno mientras te dure la vida'. — Bacon, lleno el pecho de mil júbilos, le desahogaba diciendo: «Los tres grados por donde la ciencia se levanta á la unidad, corresponden y consueñan con aquellas tres exclamaciones: Santo, Santo, Santo; porque Dios es Santo en la muchedumbre de sus obras, Santo en el orden de ellas, Santo en su concordia y armonía». — Haciale eco Descartes, filosofando á su modo, y decía: «Si no supiésemos que cuanto hay en nosotros de real y verdadero viene de un ser perfecto é infinito, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas, no tendríamos razón ninguna que nos asegurase tener ellas la perfección de ser verdaderas».

De la claridad del mismo principio concluía Galileo: «Prohibir toda ciencia astronómica, ¿qué otra cosa sería sino condenar cien lugares de la santa Escritura, que nos enseña cómo la gloria y grandeza de Dios se manifiestan maravillosamente en toda la creación y se leen divinamente en el libro abierto del cielo?» — Bañado de gozo el esclarecido Newton, incansablemente repetía: «El Señor del cielo rige y gobierna todas las cosas, no cual si fuese alma del mundo, sino como soberano del universo: todas las gobierna, las que son y las que pueden ser. Un Dios sin soberanía, sin providencia y sin fin en sus obras, sería el acaso ó la naturaleza ciega». De cuyas palabras se sigue que el transformista Draper calumnió á Newton cuando afirmó que, según él, «el sistema solar no es interrumpido por intervenciones providenciales, sino que está bajo el do-

minio de las leyes irresistibles, que á su vez son resultado de la necesidad matemática». — Muy claramente enseñaba Leibnitz la contraria tesis diciendo: «Las leyes mundanas no dependen del principio de la necesidad, sino del principio de la conveniencia; es á saber: de la elección de la sabiduría; y esta es una de las más perentorias pruebas de la existencia de Dios para los que pueden ahondar con la consideración estos misterios».

El filósofo Kant, respondiendo á los reparos que á su *Teoría del cielo* ponian sus adversarios, decía: «¿Es acaso posible que tantos elementos dotados de naturaleza propia puedan de por sí engendrar un todo tan ordenado? Y si le engendran, ¿no prueba eso que tienen un origen común, el cual no puede ser otro que una inteligencia suprema y todopoderosa, que repartió á cada elemento propiedades anteviendo ya las combinaciones futuras? La materia no es libre de salirse del plan ordenado por su Criador». — Juntemos al filósofo Kant el naturalista Linneo, quien abre su *Sistema de la Naturaleza* con esta gravísima advertencia: «Á Dios sempiterno, inmenso, sapientísimo, todopoderoso vi tras mí al despertar, y quedéme espantadísimo».

Viniendo á nuestro siglo, veamos cómo los más excelentes ingenios, estribando en la solidez de los mismos principios, holgaban y se regocijaban en el alma de que Dios fuese Criador, y hallaban gran contento en publicar esta verdad. Sea el primero el clarísimo Ampère, cuyo corazón rebosaba este sentimiento, cuando escribía: «La existencia del alma y de Dios es una posición demostrada; y no hay, en todo cuanto no es de inmediata intuición, cosa de mayor certeza que la que descansa en la evidencia de una posición

¹ ROUEMONT *Hist. de l'Astronomie*, p. 88.

² *De dignit. et augment. scientiarum*, t. III, cap. 14.

³ *Disc. sur la méthode*, 4.º p.

⁴ MAX. PARCHAPPE: *Galiléi*, p. 137.

⁵ *Princip. Mathem.*

¹ *Hist. de los Confes.*, 1876, cap. ix, p. 247.

² *Princip. natur.*, t. I, p. 1.

³ *Hist. nat. gén. et théorie du ciel*; Préface.

demostrada». — Confirmación del dicho de Ampère es la declaración del químico Liebig, quien, engañado en una aplicación de la química á la agricultura, confiesa el yerro por estas palabras: «Sometido que hube los hechos á nuevo examen, he hallado la causa de mi error. Había yo pecado contra la sabiduría del Criador, y recibida tengo la pena de mi pecado. Querida yo perfeccionar su obra, y, ciego, creí que en la admirable cadena de las leyes que gobiernan la vida en la redondez de la tierra y la conservación firme y pujante, faltaba un anillo, que yo, flaca y vil criatura, debía suplir y reemplazar. No daba en la cuenta que todo estaba perfectamente proveído, y por tan maravillosa manera, que la posibilidad de esa ley ni aun había caído en humano pensamiento». Testimonio singular, que muestra cuanto dilataba su alma el gozo de la soberanía de Dios.

Señalado es el que del sabio Fresnel da su historiador, diciendo así: «La existencia de Dios y su Providencia, la libertad y la inmortalidad del alma humana, las grandes enseñanzas espiritualistas de donde estas preciosas verdades en su opinión se derivan, era la materia ordinaria de su meditación, y esperaba que el trabajo y la reflexión llegarían á dar á sus convicciones el vigor que causa el asentimiento universal». — Engrandecía el mismo dictamen por estas palabras el egregio Roberto Mayer delante de los naturalistas alemanes que se juntaron en Inspruk en 1869: «El físico francés Adolfo Hirn, que con Joule, Colding, Holtzmann y Helmholtz ha descubierto el equivalente mecánico del calor, admite la conclusión, tan verdadera

cuanto bella para mí, á saber: que hay tres categorías de seres, la materia, la fuerza, el alma ó el principio espiritual. Admitido que fuera de los objetos materiales existen fuerzas, sólo falta dar un paso más para reconocer y admitir la existencia de los seres espirituales... Ni la materia ni la fuerza pueden pensar, sentir y querer; el hombre piensa.» Y añade: «Sin la armonía eterna establecida por Dios entre el mundo subjetivo y el mundo objetivo, estériles y vanos serían todos nuestros pensamientos».

Del insigne Faraday quedáanos este elocuentísimo dictamen: «Dudar de las verdades divinas es abandonar la vida á la ventura; creer en ellas es lastrarla y asegurarla.» «Tales eran, añade Dumas, la persuasión y la norma de Faraday». — No le iba en zaga el secretario perpetuo de la Academia de Ciencias en significar su recto sentir; antes con celo ardiente echaba en cara á los ánimos apocados su flaqueza á vista del peligro, diciendo: «El materialismo moderno, contento con resucitar las fórmulas de Epicuro y de Lucrecio, estima el mundo por producto casual de la disposición de los átomos, mira al hombre como último parto de la evolución de las formas orgánicas, cree la vida modificación espontánea de la fuerza, juzga el nacimiento principio de un fenómeno, la muerte como su fin. Cuando esta lastimosa filosofía nos vende la justicia por una convención social y fruto de la educación, la caridad y amistad por formas del egoísmo; quienquiera que tuviere alma no podrá pasar por junto á la ciencia vuelta la cabeza al otro lado, no le es lícito mirar con indiferencia las cosas y decir: ¿á mí qué me importa?» En otra parte, el mismo Dumas, decía: «Fuera del alma, de su

¹ *La phys. des deux Ampère*, publiée par BARTH. ST.-HILAIRE, p. 155.

² *Chimie appliquée à l'agriculture et à la physiologie*; Introd.

³ *Notice sur Verdét*, par A. DE LA RIVE, p. 16.

¹ *Revue des cours scientifiques*, 1870, 22 Jan.

² *Élog. hist. de Michel Faraday*.

³ *Ibid.*

origen y de su fin, cosas que tocan á la fe, el resto del mundo toca á la ciencia.... Dejemos á Dios el alma.... y caminemos á la conquista del universo ¹.

El afamado Becquerel asienta el poder criador y conservador en esta forma: «Debemos admitir la existencia de un poder creador, que se mostró en ciertas épocas, y que en el día de hoy obra perpetuando las especies vivientes ².»—Con sin par denuedo Dawson, belicoso adversario de la evolución en América, afirmaba: «La vida no es el producto de las leyes físicas de la materia; el desenvolvimiento de los cuerpos orgánicos no puede apearce cómo es, si no se admite la existencia de un poder invisible, anterior á la existencia del mundo, á quien se debe la creación de las cosas, y que obra sin cesar en la conservación de ellas de una manera permanente. En este punto danse la mano la ciencia natural y la teología, sin que nadie tenga derecho de separarlas ³.»—Erstet, observador estudioso de las leyes del magnetismo, después de atesorar en su obra *L'esprit de la nature*, ser propiedad de la investigación científica buscar al increado en las cosas criadas, demuestra cómo es propiedad de la ciencia desenvolverse en el camino de la religión.—D'Homalius d'Halloy, que fué repetidas veces presidente de la Academia Real de Ciencias en Bélgica, en su discurso de 16 de Diciembre de 1866, resumía las bases de su saber en esta forma: «En la cosmogonía del Génesis debemos ver la consagración de grandes principios, especialmente la existencia de Dios omnipotente anterior á la materia, y la creación de ésta por Él. Á nuestro entendimiento cuesta concebir estos dos principios; pero más difícil de concebir es cómo existió el universo tan ad-

mirablemente ordenado y dispuesto sin que existiese antes un ser todopoderoso: ni la razón ni la ciencia pueden oponer dificultad á la aceptación de estos dos principios ⁴.»

El egregio matemático Gabriel Stokes se gloria diciendo: «Tanteemos sin recelo el encadenamiento de un eslabón con otro, cuanto nos sea dable, pero procuremos no echar por alto la causa primera en el estudio de las causas segundas: no cerremos los ojos á las razones admirables que en su favor nos ofrece á cada paso el estudio de los seres organizados ⁵.»—El gran Berzelius ratifica la misma doctrina. «Una fuerza incomprensible, dice, y ajena de la materia muerta, introdujo el principio de vida en la naturaleza orgánica. Todo cuanto á ésta pertenece demuestra un fin sapientísimo, y nos descubre una inteligencia superior ⁶.»—Baumgartner, físico célebre, exponía su sentir, diciendo así: «Á la filosofía toca apoyar en pruebas directas la existencia de un principio inmaterial en el hombre, de orden superior y directamente contrario á la materia.... El estudio de las ciencias naturales, cuerdamente dirigido, es la más firme salvaguardia contra toda suerte de errores, y conduce, más que ninguna otra humana disciplina, á reconocer en la inmensidad de la naturaleza el magnífico templo del todopoderoso Dios ⁷.»—Testificaba esta incomparable verdad el químico M. Cheuvreuil, diciendo: «Estoy convencido de que existe un ser divino, criador de estas dos armonías: la que rige al mundo inanimado y se cifra en la mecánica celeste y en la ciencia de los fenómenos moleculares, y la armonía que preside al mundo organizado. Jamás he sido materialista; pues que en ningún tiem-

¹ MORGANO: *Les splend. de la foi*, vol. III, chap. XII.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Cosmos*, t. XIII, p. 265.

¹ *Revue scientifique*, 1876, 26 Avril.

² *Ibid.*

³ *Revue scientifique*, 1872.

po de mi vida he podido conceptuar que esta doble armonía haya sido efecto del acaso ¹.»—Samuel Haughton: «La inteligencia divina, decía, que trazó el plan de todas las cosas, presidió á su desenvolvimiento ².»

Por este mismo camino combatía al evolucionismo exagerado el botánico Naudin. «Dios podía hacer el mundo de infinitas maneras; pero importa á la teología que le criase de golpe sin intervención de causas segundas, ó por vías más lentas de sucesivos fenómenos. Sea cual fuere la hipótesis que se prefiera, ello es que la vida hubo de tener algún principio en nuestro planeta ³.»—«Cuanto más aprovechamos en el conocimiento de la naturaleza, decía Oswald Heer, con más profunda razón nos persuadimos á que la creencia de un Criador todopoderoso y sapientísimo que hizo de nada el cielo y la tierra según diseño eterno y preconcebido, es la única que puede declarar los enigmas de la naturaleza y de la vida humana. No sólo el corazón del hombre, mas también las cosas criadas, dan testimonio de la existencia de Dios ⁴.»—Augusto de la Rive magnificaba la grandeza del Criador, y encendía los corazones de sus discípulos al fin del curso de física en 1860, diciendo: «Si algo he aprendido en los muchos años de mi estudio favorito, es que Dios obra de continuo, y que su mano, que todo lo crió, cuida con solitud de todo el universo. Esta Providencia, que mantiene en equilibrio las fuerzas de la naturaleza y dirige los astros por sus órbitas, no quita los ojos de cada uno de nosotros. No hay cosa que nos suceda sin la voluntad de Aquel que nos guarda. Esta profunda convicción hace que el alma cristiana

descanse en paz ⁵.»—Wurtz, químico excelente: «El entendimiento humano, decía, persuadido de que las cosas no tienen en sí propias su razón de ser, su fundamento y origen, es forzado instintivamente á subordinarlas á una causa primera, unica y universal, que es Dios ⁶.»—«Si estudiásemos privados de los conceptos de la fe, protestaba M. Pasteur, las ciencias perderían la grandeza que les viene de sus relaciones con las verdades infinitas.... Yo pregunto: ¿qué linaje de descubrimiento es poderoso para arrebatar al alma humana estas tan altas disposiciones ⁷?»

Y el eminente ingeniero Silvino Thós, arrebatado en la contemplación de las sendas gloriosas que nuestra edad ha descubierto á la humana investigación, pregona en alta voz cómo en el poema universal de las criaturas, «aparece esplendente á nuestro espíritu la idea de un Ser grande, majestoso, inmenso; de un Ser distinto, real, perfectísimo; de un Ser inmaterial, purísimo, supremo; Ser de los seres, Verdad de verdades, Dios providente, Dios sapientísimo, Dios omnipotente, Dios inmutable y eterno, presidiendo á la Creación, que es todo luz, todo orden, todo armonía; armonía de causas, armonía de medios, armonía de efectos, universal concierto de fuerzas y de trabajos, que á Él se dirigen como fuente primera, como único centro, principio y fin de todo lo criado ⁸.»

No tendría término nuestra empresa, si hubiésemos de recoger aquí todas las firmas de los varones esclarecidos, que en el transcurso de tres siglos han merecido el augusto nombre de sabios en los ramos de las ciencias naturales. Y porque faltan voces con que significar la perfecta conveniencia

¹ Sesión de la Academia de Ciencias, 1874, 31 Agosto.

² MORGANO: *Les splend. de la foi*, vol. III, chap. XII.

³ *Les espèces affines et la théorie de l'évolution*.

⁴ *Le monde primitif, de la Suisse*, 1872.

⁵ NAVILLE: *La Physique moderne*, 1883, p. 208.

⁶ *Revue scientijf.*, 1874, 22 Août.

⁷ *Discours de réception à l'Acad. Française*.

⁸ *El Agua en la tierra*, 1878, p. 256.

que entre todos siempre reinó en el punto substancial que tratamos, basten los dichos para demostrar cómo los fundadores y mantenedores de la física, astronomía, matemática, geología, botánica, química, y demás disciplinas recientes, han procedido siempre en sus indagaciones científicas, asegurados en el principio de un Dios criador y conservador de las cosas criadas, de cuya consideración filosófica y racional subieron al esplendor de sus teorías y á la gloria de inmortales propugnadores de la verdad.

ARTÍCULO III.

El dogma de un Dios criador fué especial de la Iglesia católica desde sus primeros albores.—Disputas de los santos Padres.—Los doctores Escolásticos fundan en él la distinción de los reinos naturales.—Los sabios posteriores sobre él edifican el fundamento de la ciencia.—Empeño de los modernos en confundir y desterrar la diferencia esencial de los reinos.—Necesidad de fundar la ciencia moderna en la distinción.—La ciencia, si ha de ser sólida, debe ir basada en el dogma de la creación.—Verdad del Hexámero de Moisés.

DETENGÁMONOS á examinar de dónde les vino á estas claras lumbreras el acierto en levantar el edificio de sus conocimientos sobre la verdad de un Dios Criador. Muy á las claras señaló de esto la razón el libre pensador M. Du Bois-Reymond en presencia de los naturalistas alemanes en Colonia, diciendo sin ningún reparo: «Aunque suene á paradoja, debo afirmar que la ciencia moderna es deudora de su origen al cristianismo... La idea de Dios corriendo de siglo en siglo, de generación en generación, ha tenido tanta influencia sobre el humano saber, que, presentándose al entendimiento del hombre como única razón de las cosas, le inflamó en el deseo de conocerlas¹.» No podía el

¹ *Revue scientifique*, 1878, p. 676.

ingenio más despierto discurrir con mayor tino. Siendo la creación el principio y origen de todo ser, y la unidad de Dios criador y conservador del universo el más sólido fundamento de la hermosura y armonía de las leyes naturales, era necesario que sobre la base de esta verdad erigiese el hombre los monumentos de todas las ciencias.

En este venerando principio gira y se sustenta, como en su propio quicio, toda la doctrina de los Padres de la Iglesia. Cuando san Pablo se presentó á los miembros del Areópago de Atenas, empleados en inquirir novedades, en el primer razonamiento que les hizo, les habló de esta manera: «Dios que hizo el mundo y las cosas que en él hay, aunque es Señor del cielo y de la tierra, no mora en templos materiales, ni se paga de figuras artificiosas; como si de algo necesitase el que á todos da vida, respiración y todas las cosas².» Y así prosigue poniendo á la consideración de aquellos varones el principio de la verdadera sabiduría, y dándoles á entender, que la profanación de este sacrosanto misterio conduce al abismo de tinieblas, en que ellos vivían envueltos, por más que de aventajados filósofos se preciaban y honrasen.

De igual manera san Clemente Romano, discípulo del Apóstol san Pedro y compañero de san Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto, pónelos la causa y origen del mundo, y la razón de la estabilidad y concierto de sus leyes en la suprema voluntad del único Hacedor. Sus palabras son estas: «Pongamos los ojos en el Padre y Criador de todo el mundo, y detengamos la consideración en sus magníficos dones y en los beneficios de su paz. Contemplemos con el pensamiento, y miremos con los ojos del espíri-

² *Act. apost.*, xvii, 24.

tu, aquella su pacientísima voluntad. Consideremos cómo para con toda criatura se muestra mansa y tratable. Los cielos, movidos por su ordenanza, se le sujetan y rinden pacíficamente. El día y la noche hacen la carrera que les ordenó sin estorbarse el uno á la otra. El sol y la luna y los coros de estrellas, según su mandato voltean las órbitas por él señaladas, en mucha concordia y sin faltar á sus debidos tiempos. La tierra fecunda, á la medida de su voluntad produce en las convenientes estaciones abundante sustento para hombres y fieras, y para los animales que en ella hay, sin repugnancia, y sin alterar las leyes por Dios establecidas. Los senos inescrutables del abismo, y los juicios inenarrables del profundo, cuelgan igualmente de sus órdenes. La mole corpulenta del inmenso mar, al enresacar y amontonar sus aguas siguiendo su disposición, no traspasa los términos en que la circunscribió, sino que pone en ejecución el decreto impuesto, cuando le dijo: Hasta aquí llegarás, y quebrantarás la hinchazón de tus ondas. El Océano, invadeable á los hombres, y las partes del mundo que están al otro lado, caen debajo de las mismas leyes. Las estaciones de la primavera, estío, otoño, invierno, se suceden una tras otra con uniforme sosiego. Los vaivenes de los vientos á tiempo hacen su oficio sin resistencia ni obstáculo. Las fuentes perennes, criadas para el uso y la sanidad, ofrecen sin cesar á la vida humana sus copiosos raudales. Finalmente: los animales más pequeños forman compañías en concordia y paz. Todas estas cosas el grande Artífice y Señor de todo mandó hacerlas en quietud y concierto, para bienestar y salud de todos; pero sobreabundantemente para nosotros, que nos acogemos á sus misericordias por medio de Nuestro Señor Jesucristo, á quien sea gloria y majestad por

los siglos de los siglos. Amén³.» En la dulcedumbre que fluye por estos renglones, ¡cómo se siente el vigor de la razón principal que tratamos!

Con su divina elocuencia el gran Dionisio Areopagita expuso también este dogma por estas gravísimas palabras: «Llámasse Todopoderoso (*παντοκράτορας*) por ser asiento y fondo en que todas las cosas se afirman y reclinan; en él todas las criaturas estriban, se fundan y componen; de él, como de fecundísima raíz, todas reñorecen; á él, como á centro potentísimo, todas convergen y miran; en él, como en solar anchísimo, descansan y se sustentan; él todas las eslabona y atrae con orden y conexión aventajada; ni las deja huir de sí, porque, apartadas, no se desquicien y perezcán⁴.»

Siguiendo esta norma de los escritos apostólicos, los santos Padres emprendieron con la secta de los gnósticos un encarnizado combate, que no llevaba más fin que poner en resplandeciente evidencia la doctrina sobre la unidad de Dios y la creación de la materia mundana. Así san Ireneo, confutando el politeísmo, desenmarañaba la confusión de nociones que las sectas sobre la materia eterna propalaban⁵. San Teófilo de Antioquia, presupuesta la existencia de Dios increado y omnipotente, se esforzaba en demostrar cómo el concepto de creación trae consigo la producción de una cosa viniendo del abismo de la nada⁶. San Justino amontonaba razones sobre razones para poner en claro la diferencia entre el Criador y el Ordenador en la constitución del universo⁷. San Atanasio atribuía á Dios la creación *ex nihilo* como distintivo del divino poder y prerrogativa de su absoluto dominio⁸.

¹ *Epist. I ad corinth.*, cap. xix, 20.

² *De div. nom.*, cap. x.

³ *Advers. hæres.*, l. ii, 10.

⁴ *Ad Autolycom.*, ii, 10.

⁵ *Exhort. ad Græc.*, cap. xxii.

⁶ *De Incarn. Verbi*, cap. xxii.

Eusebio de Cesarea calificaba de absurda é impia la hipótesis de la materia eterna y actuosa¹; San Agustín apoyaba la posibilidad de la creación en la omnipotencia de Dios, que no reconoce imposibles². Y para no ser infinito en acumular testimonios, todos los Padres, cada cual en su grado, establecieron por dogma inconcuso la verdad de la creación, anteponiéndola á toda ciencia humana y divina como necesario fundamento. Y esto conviene que lo consideren atentamente aquellos críticos, que sin suficiente motivo se dan á pensar que los santos Padres carecieron de alteza de ideas para discutir sobre la creación científica y metafísicamente: el título de Dios Criador era el que les sugería razones y daba victoria en sus peleas con las herejías nacientes.

Mas este principio, aunque necesario para echar las zanzas de la ciencia, no bastaba de por sí para la construcción del edificio. Porque, así como el que aplica su cuidado á la investigación de las causas inmediatas de los fenómenos, y en ellas hace pie sin pasar más adelante y sin apoyarse en la causa primera, que es Dios, en vez de edificar ciencia, levantará torres de viento, y gastará y consumirá sus aceros en fantásticas quimeras; así, por el contrario, asentado el firme cimiento en la verdad de la creación, menester es observar de cerca las cosas, ejercitar el humano ingenio en el escrutinio de las causas próximas, rastrear por ellas la índole de las más altas, y de causa en causa subir ordenadamente hasta Dios, sin embarazarse en métodos *a priori*, que traban las fuerzas y retardan los vuelos del humano saber. Mucho pudieron y grandemente ayudaron en esta empresa los Escolásticos de los siglos medios, con su afán de especular, con el rigor de su lógica,

¹ *Prap. Evangel.*, l. vii, cap. xix.

² *De Creat. Dei*, l. vii, cap. xxii.

con la firmeza de sus principios. Y puesto caso que la autoridad de Aristóteles erales á muchos de ellos razón bastante para la explicación de los hechos, y en este humillante cepto vióse preso y aherrado el poder de muchos ingenios, no hay duda sino que en los quince primeros siglos dió la ciencia natural pasos muy largos, si bien lentos y mal seguros. La falta de seguridad no venía de la flaqueza del cimiento; venía de la índole de la fábrica: porque, aunque fundados en la verdad de la creación, ocupaban muchos sabios sus desvelos en quiméricos estudios y en locas teorías; erraron, si, en la interpretación de las causas de muchos fenómenos, pero su yerro no fué tan desatentado que no hubiese remedio de enderezarle y corregirle. Flaqueaban aquellas doctrinas, no por su base y asiento fundamental, sino más bien por la calidad de la misma edificación.

Por eso, entre la obra de los Escolásticos del siglo xiii al xvi, y en los cultivadores de las ciencias del siglo xvii, no hay tanta distancia como algunos críticos han querido suponer; antes linaje de ingratitud fuera no confesar cuán grande parte tuvieron aquellos varones esclarecidos en los vuelos que éstos tan súbitamente tomaron. « Cuando nos hablan, dice á este propósito Naville, de la Edad Media como de un tiempo de noche cerrada, y la contraponen el renacimiento repentino de luz, engañanse los escritores. Ese golpe teatral no es histórico: y es hora ya que entiendan todos que la época que fabricó las catedrales, llevó á efecto una obra científica digna de toda veneración. El instrumento intelectual se había apercibido con lentitud, la observación y la experiencia debían ofrecerle materiales indispensables; empero la muchedumbre de las observaciones y experiencias dió la confirmación, no la base, á las grandes teo-

rias, que en el día de hoy consideramos por verdaderas¹. Esta cordura de Naville es una terrible quemazón que marca con nota de temeraria la pretensión de D. Manuel José Quintana, el cual, muy pagado del espíritu filosófico de la *razón universal*, de la *autoridad de la razón*, no sabiendo cómo desfogar su saña contra los frailes, en medio de subir hasta la coronilla de las estrellas los errores de Locke, Condillac y Montesquieu, abofetó públicamente la doctrina de los Escolásticos, denostándola con los apodosos de *caos tenebroso* y *semibárbaro*, *escandaloso atraso*, *lastimosa nulidad*, *profundo lodazal*, *espantoso silencio*, *impostura*, *charlatanismo*². En la arrogancia de estos dicerios pretendía el semideista vaciar su odio contra la religión, á sombra de apadrinar la causa del asqueroso liberalismo; pero lo que hizo fué poner en evidencia su mazorrall ignorancia y su malísima fe. No: algo más que *ergotizar sobre intrigas de dialéctica y teología*, algo más que *sistema de cavilosidades pueriles*, algo más que *arte de embrollar todas las cuestiones*, les debemos á los Escolásticos; mucho más que eso dieron de sí las Universidades de España en los siglos xvi y xvii, como en el decurso de este libro se ha podido advertir; de buena gana les hacemos cortesía por haber enaltecido é ilustrado, ya que otro beneficio no les debiera la ciencia, con las luces de sus ingenios la doctrina del Hexámeron.

En tanto grado es esto verdad, que, recibiéndole de los santos Padres, dieron por asentado y firme el repartimiento de las cosas en órdenes ó reinos distintos. En primer lugar, separaron perfectamente el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus, que son las

dos partes de que debía constar el mundo de los hombres, á cuya final existencia y provecho conspiraban los reinos inorgánico y orgánico. El hombre era, en voto de los Escolásticos, el prototipo ideal que Dios había tomado por norma en la fábrica del universo y en el modelar la estructura de los reinos naturales, como agudamente pensó el anatómico Ricardo Owen³, y antes que él lo habían barruntado Elias de Beaumont, Burmeister y otros insignes naturalistas; pero no solamente los Escolásticos enseñaron la partición de los seres animados é inanimados, mas también decretaron la solemne división de las cosas criadas en minerales, vegetales y animales, concediendo vida vegetativa á las plantas, sensitiva á los brutos, racional á los hombres, espiritual á los ángeles, y haciendo de ellas otras tantas categorías diferentes entre sí y distantes infinitamente de la inerte y ruda materia. Afirmado el dogma de la creación y desechado el absoluto y eterno poderío de la materia, considerando cuánta gloria reportaba al poder, saber y amor del Criador la categórica distinción de las criaturas, sin apartar los ojos del libro de la naturaleza tuvieron por bien de hacer diferencia del reino elemental al mineral, del mineral al vegetal, del vegetal al animal, del animal al humano, del humano al angélico, y cifraron en las prerrogativas de estos seis reinos las maravillas de la creación y las demostraciones de la divina Bondad. Discurrían que, siendo el acto de la creación libérrimo en el beneplácito del Criador, y no pudiendo una criatura sin disposición suya salirse de los términos prescritos por la infinita sabiduría, á solo Dios tocaba limitar cada orden de seres y constituirle en su propia esfera, señalando número y condición á las cualidades que habían de

¹ *La physique moderne*, III^e étude, p. 150.

² Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación, 7 Noviembre de 1822.

³ *Principes d'ostéologie comparée*.

acompañar su individual entidad, la cual constituida, era fuerza que se des- envolviese el plan divino con inal- terable sosiego.

Cebaban aquellos claros ingenios los ojos de la consideración en el espec- táculo grandioso dibujado por el Hexá- meron de Moisés, y sin quitar de la vista la condición de las cosas, al po- der del brazo divino se remitían para dar cuenta de las diferencias de seres. El *fiat* del primer día, encendiendo la llama de la luz en la materia informe, anunciábales la formación del reino elemental; el *fiat* del segundo día, ar- queando la bóveda celeste y dando forma á la redondez de la tierra, en- gendraba el reino inorgánico; el *ger- minet terra* del día tercero, alfom- brando el suelo de plantas, ponía las bases del reino vegetal; el *fiant lumi- naria* del día cuarto daba orden á las estrellas que hiciesen presencia en público, y dejasen ver aquellos sus es- cuadroneos del reino sidéreo, formado ya juntamente con el mineral; el *pro- ducant aquæ* del día quinto, cuajando de mucedumbre de bestias aire, tierra y mar, pregonaba el reino animal; final- mente, el *producat terra* del día sexto, poblando de mamíferos el globo, ponía fin y perfección á la categoría de los brutos; y el augusto *faciamus homi- nem*, juntando en amigable consorcio el espíritu y la materia, daba la prima- cia y preferencia al reino humano, úl- timo coronamiento de toda la natura- leza inferior¹.

En esta obra postrera se contenían grandes misterios: la formación inme- diata del hombre, la fábrica de la mu- jer, la creación del alma racional, la constitución del lenguaje, la fundación de la sociedad conyugal y doméstica, la elevación del género humano al or- den sobrenatural, eran otras tantas instituciones divinas, en que ninguna

¹ D. Thom.: II, Dist. 1, q. XI, a. 3.

parte había tenido la diligencia de la criatura, emanadas de la libre disposi- ción del Sumo Hacedor. Por manera que, admitido el dogma de la creación, y leyendo en el Hexámeron de Moisés, sin perder de vista la naturaleza cria- da, con incomparable razón discurríe- ron los santos Padres y doctores Escolásticos, y con incontrastable fir- meza mantuvieron, y á los siglos por venir transmitieron la esencial dife- rencia de los reinos naturales y las prerrogativas del humano linaje sobre todos los demás seres.

Si juntamos, pues, ahora en un solo haz los rayos de tan esclarecidas an- torchas, si á los resplandores de los Padres y teólogos añadimos los destel- los de las lumbreras científicas que arriba hemos apuntado, podemos final- mente colegir que en medio de distin- guirse con una hermosísima varie- dad de luces, se conforman todas en orden á componer y echar de sí esta esplendorosa verdad; conviene á sa- ber: la infinita distancia entre el Criador y la criatura, la esencial diferencia entre la materia y el espíritu, la ex- celencia de las instituciones divinas so- bre las formaciones naturales. Tal es la doctrina que en el discurso de diez y nueve siglos ha florecido y dominado entre los más poderosos ingenios. Á estas verdades fundamentales convie- ne que se proporcionen todas las ver- dades científicas, con ellas deben guar- dar conexión los sistemas y teorías, por ellas deberán subir los sabios á la dignidad y veneración de tales, y al paso que de ellas se apartaren ó con ellas tuvieren disonancia y contrarie- dad, á ese paso perderán la estima- ción, caerán en vergonzosa ignominia, se desvanecerán sin remedio, y verán envueltos en desolación y ruina sus sistemas, como castillos sobre arena fabricados.

Ahora, pues: ¿cómo enfrente de es- tos gigantes fundadores y cultivadores

de las ciencias naturales se levantan los pigmeos de nuestros días, y osan negar aquellos principios que dieron ser y gravedad á la ciencia, y presu- men publicar la incompatibilidad entre la materia y el espíritu, entre las fuer- zas inorgánicas y las fuerzas orgáni- cas, entre las instituciones naturales y las instituciones divinas, entre la vil criatura y el Supremo Criador? Por causa de esto, la congijosa solicitud con que los modernos empíricos pre- tenden llevar por un rasero todas estas diferencias esenciales, con la esperanza de ver reducidos á la unidad órdenes celebrados hasta hoy por distintos y disonantes, es tristísimo presagio.

Porque el reino vegetal es pregonado hechura de fuerzas físico-químicas, la vida sensitiva es igualada con la vegetativa, entre el animal y el hom- bre quieren descubrir conformidad perfectísima; en una palabra, el im- perio universal quisieran que cogiese bajo su jurisdicción y amparo los rei- nos particulares, llevando cetro divi- no y corona imperial la materia acti- va, imperiosa y eterna. La química, exclaman, será mentís al dogma de la creación: y no advierten, incautos, que si un laboratorio de química pose- e su manipulante que aprendió con estudio á componer las preparaciones y á valerse de artificio para transfor- mar elementos, también la naturaleza sensible, vasto laboratorio de accio- nes moleculares, ha de tener por fuer- za su químico inteligente y en sumo grado diestro, que de partes inertes y viles saque substancias compuestas, vivificadas por un principio nuevo y desconocido, superior al alcance del humano ingenio. Si la empresa de los modernos evolucionistas consiste en salir al cabo con una mecánica univer- sal que carezca de motor que dé el impulso, si toman á pechos producir sin principio vital seres vivientes, si se ponen á obrar alteraciones mágicas

y á engendrar todo un mundo de ma- ravillas sin otros poderes que los de la materia inerte; bien debemos con- cluir que tendrán más caudal de fe de lo que demandan nuestras tradiciones y los fueros de nuestra antigua reli- gión¹.

¿Lograrán dar cima á su empresa? ¿Levantarán el edificio de la ciencia? No levantarán sino torres de intentos soberbios, que al mejor sabor de sus autores se vengán abajo con estruen- do fragoroso. Quisieron escalar el cielo, y defenderse del poder de Dios Criador y conservador del mundo; buscaron ser nombrados en la tierra y vivir á su querer solícitos por su propia gloria y no por el bien de la verdad; y merecieron justamente que el Señor de las ciencias, de cuyas obras abusaron, en tal extremo confundiese su lenguaje y todo les saliese al revés, que tras la molestia de tan- tos trabajos y experimentos, ni se entendiesen unos con otros, ni entendie- sen las trazas de Dios, ni entendiesen las cosas que en las manos tenían, ni se entendiesen ellos á sí propios, y se les fuera la vida en remendar teorías, sin dar con una que les llenase el hipo, y cuando menos se recataban los to- mase debajo el andamio alzado sin solidez, quedando sepultados en las ruinas de sus vanísimas invenciones.

Las ciencias experimentales pasan en nuestros días por un período de anarquía funestísima: han mirado con menosprecio la relación entre el Criador y la criatura, relación apretada por extremo, la más esencial, la más íntima y firme, la más real y única, la más importante y provechosa, la sola que podía y debía reducir las cien- cias á unidad y orden; ¿qué mucho que, quitado de en medio el lazo de unión, destrabada la armazón del edi- ficio científico, dé consigo en tierra, y

¹ HERTDORF: *Apol. du christ.*, chap. iv.

sólo se vean ramos destrozados, hechos mil trizas sin concierto ni hermosura? ¿Qué maravilla que, no teniendo estos hombres más gobernalle que su menguado juicio, cada ola los lleve sin resistencia á dar en peñas de desbaratados errores? La naturaleza camina ordenada y rectamente; ella misma procura salir al encuentro y hacer entrar en razón al que la vuelve las espaldas: la verdad hace fuerza á los que la niegan, y obligalos á ponerse en contradicción consigo mismos.

Esto decimos, porque es achaque de la ciencia infantil levantar alboroto contra la verdad revelada; pero á proporción que la ciencia crece y se hace mayor, dejándose de melindres y niñerías, y despedido de los ojos el sueño, va ella con sus propias manos deshaciendo los castillos de viento que cuando niña levantó. Porque las ciencias experimentales en su infancia no saben sino juegos de niños, castillos de naipes, palacios encantados, por ser muy menguada la vista del hombre y sobrada la prisa que se da en querer formular leyes y pregonar axiomas con tan escasas experiencias; y como la fe es inmovible por tener echadas muy hondas raíces en la veracidad de Dios, viene á ser que la ciencia, con el madurar de los años, se hace cuerda y da de mano á los an-tojos y corajinas pueriles, cual conviene á gallarda y prudente matrona. En este proceso del humano discurso y en el ejemplo de sapientísimos varones fundamos nuestra firme confianza que los enemigos de la creación retrocederán de sus extravíos, y mirarán mejor por su honra. Los llamados sabios, que no profesaron el dogma de la creación y la diferencia entre la materia y el espíritu, ó bien tuvieron con su razón reñidísima pelea, ó

¹ FR. CASSANO: *I misteri della scienza ed i misteri della fede*, 1874, capo xvi.

dieron mucho que reír á los doctos y razonables.

Vueltos en su acuerdo los negadores de la creación, y puesta la consideración en la primera página del Génesis, lo que su turbia vista no podía antes sufrir, verán luego, trocada la afición, cuánto deslumbra sus entendimientos con la viveza de la luz. Entrando más adentro en la sosegada lectura, observarán con qué cautela expone Moisés en lenguaje vulgar los grandes acaecimientos de la historia terrestre: y cayendo pronto en la cuenta de cómo no gasta la pluma en descripciones superfluas que hurten el cuerpo al examen científico, sino que, con firme propósito en cada palabra esmalta un aserto, en cada frase una conclusión, sacarán de este examen, que ya que indique sucesos tan famosos y generales, no los pondera ni amplifica, bastándole dejarlos bien de asiento definidos. Llegando aquí, ¿qué hombre habrá, si es de ánimo generoso, que trate con menosprecio el dicho de un escritor que ni es liviano, ni rastrero, ni titubea, ni echa el pie en vacío, ni desciende de aquélla alteza de los sucesos generales, y que, puesto delante su fin teológico, usa de la ciencia profana con tanto seso, cual si no fuera posible duda en la verdad de lo que tan de corrida asevera?

Pues el *sabio*, que se componía mal con el dogma de la creación, si empezó á persuadirse, con imparcial juicio, cuán sin tiento ponía dolo en la narración bíblica: cuando pensativo considerare, viendo cogidos los pasos de sus argucias, con cuánta llaneza describe Moisés, con cuanta firmeza ratifica, con cuánta libertad anuncia cosas puestas sobre la humana comprensión, y que solamente las edades por venir, al cabo de cuarenta siglos, habían de estimar y alcanzar; levantará el pensamiento y preguntará, perdida la vista en medio del resplandor de tanta luz:

¿á quién, hombre que tal escribe, pudo tener por guía y maestro? ¿Acaso á su ingenio propio, sazonado de saber humano? Es de toda imposibilidad imposible, responderá; porque ningún ingenio de hombre hubiera subido por grados de ciencia á un orden de sucesos tan extraños y fuera del discurso natural, como en el de este libro ha podido notarse. Tantos Doctores y expositores han sudado en la interpretación de estas anomalías, y nunca como en nuestros tiempos se había dado de ellas tan cabal explicación; y un relato inapeable para tantos ingenios, ¿daremos haber sido obra de uno solo?

¿En qué pensamiento de hombre cabe ordenar una página con tal disposición, que entre dos creaciones instantáneas y perfectas, la de la materia y la del hombre, se desenvuelva lenta y ordenadamente el vastísimo plan de los seis días, siguiendo la ley del progreso, de manera que en las creaciones divinas resplandezca la ejecución instantánea, en el progreso natural la

pausada sucesión; en aquéllas la intervención inmediata de la causa primera, en el progreso la concurrencia de las causas segundas; en aquéllas la sencillez y sublimidad, en éste la grandiosidad y concierto? ¿Podía el bajo entendimiento del hombre disponer con tanto encaje y propiedad cosas tan misteriosas y divinas? Cansado el *sabio* de bracear en este golfo sin suelo de maravillas, pues apenas hay palabra en el Hexámeron que no esté preñada de ellas, después de dar á las cosas todas las vueltas que quiera para componer puntualmente la primera página del Génesis con la historia científica de la tierra, no hallará al fin otro remedio que tomar puerto y descansar en la divina revelación. Sin la obra de la revelación, ninguno explicará jamás el pasmo de esta consonancia. Luego la creación, según que se contiene en el primer capítulo del Génesis, es, á todas luces, irrecusable verdad.

¹ P. CASTELRN: *La prem. page de Moïse*, 1884, viii^e Confir.

A. M. D. G.